

UNA IGLESIA CON PARÁMETROS DE  
**REINO**

TOMO 4



MANUAL PASTORAL CON RESPUESTAS PARA LOS  
DESAFÍOS ACTUALES DE LA IGLESIA

**OSVALDO REBOLLEDAA**

# **UNA IGLESIA CON PARÁMETROS DE REINO**

## **TOMO 4**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# **CONTENIDO**

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>Parámetros de Reino en la formación de líderes.....</b>	<b>12</b>
Capítulo dos:	
<b>Parámetros para las manifestaciones espirituales.....</b>	<b>27</b>
Capítulo tres:	
<b>Parámetros de Reino para imponer disciplina.....</b>	<b>42</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Parámetros de Reino para la activación.....</b>	<b>57</b>
Capítulo cinco:	
<b>Parámetros de Reino para el mover profético.....</b>	<b>72</b>
Capítulo seis:	
<b>Parámetros de Reino para la intercesión.....</b>	<b>88</b>

Capítulo siete:	
<b>Parámetros de Reino ante las fiestas judías.....</b>	<b>102</b>
Capítulo ocho:	
<b>Parámetros de Reino para las danzas.....</b>	<b>116</b>
<b>Del diseño a la práctica.....</b>	<b>132</b>
<b>Reconocimientos.....</b>	<b>135</b>
<b>Sobre el autor.....</b>	<b>139</b>



# **INTRODUCCIÓN**

***“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”***

Daniel 12:3

La Iglesia de Jesucristo no es una invención humana ni una organización que se adapta según las modas culturales de cada época. Nace en el corazón eterno de Dios, es edificada por Cristo y sostenida por la obra continua del Espíritu Santo.

Por esta razón, cuando la Iglesia pierde sus parámetros de Reino y comienza a regirse por criterios meramente pragmáticos, emocionales o socioculturales, no solo se debilita su testimonio, sino que también se distorsiona su misión. Este cuarto manual al igual que los demás, surge precisamente como una respuesta apostólica, teológica y espiritual a esa tensión constante entre el diseño divino y las presiones del tiempo presente.

Como doctor y maestro de la Palabra enseño al Cuerpo de Cristo, pero como apóstol debo velar por los pastores que caminan bajo mi cobertura. Para cumplir correctamente con esa responsabilidad, procuro dar respuesta a cada situación particular que pueda presentarse en la obra. Mi tarea no es controlar a mis amados consiervos, sino supervisar,

dirigir, aconsejar y proveer lineamientos claros para una labor ministerial efectiva.

Dichos lineamientos deben ser apostólicos y proféticos, fundamentados en la máxima expresión del Reino y conservando, en todo momento, la dinámica del Nuevo Pacto. Esta tarea tiene un alto impacto en el avance ministerial y, por lógica, en la salud de las congregaciones. En la búsqueda de servir con excelencia a mis amados pastores y a sus equipos de trabajo, nació esta serie de manuales, concebidos para ofrecer respuestas claras frente a los desafíos actuales de la Iglesia.

Vivimos días de profundos cambios culturales, aceleración tecnológica, confusión moral y relativización de la verdad. En este contexto, muchos ministros enfrentan desafíos para los cuales no siempre han sido preparados adecuadamente. Las preguntas ya no son únicamente doctrinales, sino también prácticas, éticas y pastorales.

Estos manuales contienen respuestas doctrinales, así como formas correctas de trabajo y de expresión ministerial. En ellos detallo la importancia de la preparación personal, ministerial, matrimonial y familiar. Abordo los cuidados necesarios para una enseñanza sana, una liturgia equilibrada, un discipulado efectivo y un gobierno pastoral libre de manipulación. Asimismo, enseño acerca de responsabilidades, derechos y deberes, y desarrollo cómo es posible mantener la santidad sin legalismo y la legalidad del Reino sin concesiones.

Fundamento bíblicamente lo que considero un desarrollo saludable de las actividades ministeriales bajo parámetros de Reino, sin religiosidad. Advierto sobre la necesidad de evaluar el avance de la obra contemplando cada situación a la luz de la gracia, sin diluir la verdad. Frente al escenario actual, la Iglesia no puede darse el lujo de improvisar; necesita fundamentos claros, criterios bíblicos firmes y una misma línea espiritual que honre el Reino de Dios.

Este cuarto manual está dirigido a pastores y matrimonios pastorales que caminan bajo mi cobertura apostólica. Sugiero que otros pastores que tengan acceso a este material consulten previamente con sus autoridades espirituales. Entiendo que la forma de trabajo que personalmente considero correcta puede ser percibida de manera diferente por algunos amados consiervos. Respeto esa diversidad y aclaro, con temor reverente, que bajo ningún punto de vista pretendo generar controversias entre mis colegas.

Concibo la cobertura espiritual no como un sistema de control, sino como un diseño de paternidad espiritual, alineamiento doctrinal y cuidado ministerial. Así como en la Escritura vemos que los obreros no ministraban de manera aislada, sino en comunión, sujeción y mutua edificación, creo firmemente que una Iglesia saludable necesita parámetros compartidos que preserven la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. El apóstol Pablo exhorta a que todos hablemos una misma cosa, que no haya divisiones entre

nosotros y que estemos perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer (**1 Corintios 1:10**).

Comprendo que esta visión puede parecer una utopía si observamos a la Iglesia de manera global. Sin embargo, quienes trabajamos en unidad espiritual y reconocemos autoridades asignadas tenemos la responsabilidad de unificar criterios y avanzar gestionando la fe bajo lineamientos apostólicos comunes.

Hablar de parámetros de Reino o de lineamientos apostólicos no implica una uniformidad rígida ni la anulación de la diversidad ministerial, sino una búsqueda fiel de los diseños divinos. El Reino de Dios posee principios inmutables, aunque se manifieste en contextos diversos. Jesús mismo enseñó que el Reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (**Romanos 14:17**), y que debemos buscarlo por sobre todas las cosas (**Mateo 6:33**). Sin duda, esto establece el marco espiritual desde el cual deben ordenarse todas las prácticas de la Iglesia. Cuando dichos parámetros se pierden, la Iglesia corre el riesgo de reaccionar según la presión social o las demandas emocionales, en lugar de responder con discernimiento espiritual y sabiduría bíblica.

A lo largo de este nuevo manual se abordarán temas sensibles, complejos y, en muchos casos, controversiales. No se hará desde una postura defensiva ni desde la condenación, sino desde mi responsabilidad apostólica de ministrar a los pastores, quienes a su vez deben ejercer con fidelidad la digna tarea de cuidar el rebaño del Señor. Todos deseamos

servir al Rey con excelencia y, por tal motivo, asumimos este desafío con dedicación y cuidado.

Las Escrituras nos recuerdan que los pastores deben velar por las almas como quienes han de dar cuenta (**Hebreos 13:17**). Esta conciencia imprime un santo temor en el ejercicio ministerial y nos obliga a revisar no solo lo que hacemos, sino también por qué y cómo lo hacemos. Cada práctica pastoral debe ser evaluada a la luz de la Palabra, la naturaleza del Reino y el carácter de Cristo.

Comprender los parámetros en la formación de líderes, activación de dones espirituales, manipulación, disciplina, intercesión, disciplina motivos y realidades, el mover profético y los actos proféticos, la intercesión y la guerra espiritual, las fiestas judías y las danzas en la Iglesia, etc. Pueden ser temas que merecen una respuesta sólida y bajo una clara mentalidad de Reino. Cuando estos temas se administran sin enseñanza, sin discernimiento o sin orden, pierden su poder formativo y pueden convertirse en meras formalidades o, peor aún, en espacios de ignorancia espiritual.

Asimismo, la Iglesia enfrenta hoy algunas problemáticas humanas muy complejas que deben ser tratadas. El silencio pastoral frente a estos temas no es neutralidad, sino omisión. Sin embargo, la intervención de la Iglesia debe ser sabia, bíblica y responsable, evitando tanto la intromisión indebida como la indiferencia. La Escritura enseña que hay tiempo de sanar, tiempo de corregir y tiempo

de acompañar, y que el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar y sufrido (**2 Timoteo 2:24**).

Este cuarto manual tampoco pretende reemplazar la guía del Espíritu Santo ni suplantar la relación personal de cada pastor con Dios. Por el contrario, busca servir como una herramienta de alineamiento, reflexión y formación que ayude a establecer criterios comunes sin apagar la sensibilidad espiritual. El Espíritu y la Palabra nunca se contradicen: allí donde la Palabra establece límites, el Espíritu trae vida; y donde el Espíritu se mueve con poder, siempre honra la verdad revelada.

La autoridad pastoral, cuando es sana, no se impone: se reconoce. No manipula, sino que sirve; no controla, sino que edifica. Jesús enseñó que el mayor en el Reino es el que sirve, y que los líderes no deben enseñorearse del rebaño, sino ser ejemplos. Desde esta perspectiva, el liderazgo que promuevo en este manual es un liderazgo con autoridad espiritual, con unción genuina y con un profundo respeto por la dignidad de las personas.

Finalmente, este cuarto manual es también una exhortación: un llamado a volver a los fundamentos, a conservar una misma línea de enseñanza, a honrar la cobertura espiritual atendiendo diligentemente su consejo y a edificar congregaciones que reflejen el carácter del Reino en medio de un mundo confundido. No se trata de conservar tradiciones vacías, sino de preservar la verdad viva del

Evangelio. Como escribió el apóstol Pablo, nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Sobre ese fundamento edificamos con temor, con amor y con fidelidad.

Que las páginas de cada uno de estos manuales sean leídas con espíritu humilde, corazón enseñable y disposición al ajuste. Que no sean solo un compendio de respuestas, sino instrumentos para formar ministros firmes, sensibles al Espíritu y comprometidos con el Reino. Y que, en todo acto de servicio, Cristo sea glorificado por Su Iglesia, ahora y hasta el día de Su venida.



Osvaldo Rebollo



# Capítulo uno

## **PARÁMETROS DE REINO EN LA FORMACIÓN DE LÍDERES**

*“Lo que has oido de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.”*

2 Timoteo 2:2

Formar líderes para la Iglesia del Señor no es una tarea secundaria ni un asunto meramente organizacional; es una responsabilidad espiritual de primer orden que afecta directamente la salud, la madurez y la proyección del Cuerpo de Cristo. Allí donde la formación de líderes es superficial, pragmática o carente de discernimiento espiritual, la Iglesia inevitablemente sufre desgaste, conflictos internos y una pérdida progresiva de visión. Por el contrario, cuando los pastores comprenden que el liderazgo se forma bajo parámetros de Reino, la Iglesia experimenta estabilidad, crecimiento sano y multiplicación genuina.

El liderazgo en el Reino de Dios no surge por accidente ni por simple buena voluntad. Es el resultado de un proceso

intencional de discipulado que busca el perfeccionamiento del creyente conforme al diseño de Dios. El apóstol Pablo afirma que Cristo mismo estableció dones ministeriales “*a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*” (Efesios 4:12). El verbo perfeccionar no alude a una mejora superficial, sino a un ajuste profundo, a una preparación integral que involucra carácter, doctrina, vida espiritual y práctica ministerial.

Por esta razón, el liderazgo espiritual no puede construirse sobre modelos empresariales, técnicas de Coaching o esquemas de éxito secular. La Iglesia no es una empresa, es un organismo vivo, espiritual y redimido por la sangre de Cristo. Cuando se importan métodos ajenos al Reino, se corre el riesgo de producir líderes eficientes en tareas, pero vacíos en vida espiritual; activos en funciones, pero inmaduros en carácter.

Pablo, al escribir a Tito, no le pidió que levantara administradores carismáticos ni estrategas organizacionales, sino hombres con una vida irreprochable, sobrios, prudentes, justos, santos y dueños de sí mismos, retenedores de la palabra fiel tal como ha sido enseñada (**Tito 1:5 al 9**). La base del liderazgo espiritual siempre es bíblica y nunca circunstancial.

El énfasis del Reino está puesto en el ser antes que en el hacer. Dios no forma líderes a partir de habilidades visibles, sino a partir de corazones transformados. El Señor mira lo que el hombre suele descuidar. Mientras el ser

humano observa la apariencia externa, Dios examina el corazón (**1 Samuel 16:7**).

Por eso, uno de los errores más frecuentes en la formación de líderes es priorizar dones, talentos o disponibilidad, sin discernir el carácter ni el proceso interior de la persona. El liderazgo que no se edifica sobre una vida regenerada y rendida a Cristo, tarde o temprano se puede convertir en una fuente de problemas.

Formar líderes bajo parámetros de Reino implica aprender a ver como Dios ve, discerniendo el llamado, las capacidades y la gracia depositada en cada hermano. No todos están llamados a liderar de la misma manera ni en el mismo nivel de gobierno espiritual. El pastor que forma líderes debe hacerlo con sensibilidad espiritual, entendiendo que el Espíritu Santo reparte dones como Él quiere (**1 Corintios 12:11**) y que el llamado no se impone, se confirma. La formación saludable acompaña el llamado, no lo fabrica artificialmente.

Es fundamental también ayudar a los creyentes a comprender que el liderazgo en la Iglesia no es un espacio de protagonismo ni un trabajo voluntario mejorado, sino un llamado ministerial que se conecta directamente con la misión de Dios. Jesús fue claro al enseñar que el mayor en el Reino es el que sirve (**Mateo 20:26 al 28**). El liderazgo cristiano no se define por la posición que se ocupa, sino por la disposición a entregar la vida en favor de otros. Cuando esta verdad no se enseña con claridad, el liderazgo se

convierte en una plataforma de afirmación personal y no en un instrumento de edificación.

Dentro de este marco, es imprescindible establecer una distinción sana y bíblica entre el liderazgo de áreas y el liderazgo de la Iglesia. No todo el que lidera un área específica de servicio es, por ello, un líder de gobierno espiritual de la congregación.

El Nuevo Testamento enseña que el gobierno de la Iglesia está vinculado a ministros con llamado y dones de ascensión, apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, así como a ancianos o presbíteros establecidos con madurez espiritual y testimonio probado (**Efesios 4:11; Hechos 14:23; Tito 1:5**).

Los líderes de áreas cumplen una función valiosa y necesaria: lideran equipos, coordinan tareas, ejercen autoridad funcional sobre un grupo determinado. Sin embargo, su autoridad está delimitada al ámbito de servicio que se les ha confiado. Cuando esta diferencia no se enseña con claridad, se generan confusiones peligrosas.

Algunos líderes de áreas comienzan a atribuirse derechos de influencia espiritual o de gobierno que no les corresponden, afectando la unidad, la cobertura pastoral y el orden del Reino. Por eso, formar líderes también implica enseñar límites, sujeción y comprensión del diseño de autoridad establecido por Dios.

Un liderazgo sano entiende que toda autoridad en la Iglesia es delegada y nunca autónoma. Nadie se representa a sí mismo; todos sirven bajo una cobertura espiritual. El apóstol Pedro exhorta a los ancianos a pastorear no como teniendo señorío sobre los que están a su cuidado, sino siendo ejemplos del rebaño (**1 Pedro 5:2 y 3**). Este principio se extiende a todo tipo de liderazgo. La autoridad en el Reino no se impone, se reconoce por el fruto y por la vida.

Cuando los pastores asumen la formación de líderes como un proceso espiritual y no como una necesidad estructural, comienzan a invertir tiempo, vida y ejemplo. Jesús no formó líderes desde la distancia; caminó con ellos, los enseñó, los corrigió, los expuso a la práctica y los acompañó en sus errores. El discipulado fue relacional, intencional y progresivo. De la misma manera, la formación de líderes hoy requiere mentoría uno a uno, cercanía pastoral y una transmisión de mentalidad de Reino que no se logra solo desde el púlpito.

Esta mentalidad de Reino es esencial en el contexto del Nuevo Pacto. No se trata solo de enseñar contenidos bíblicos, sino de formar una cosmovisión espiritual donde Cristo es Señor de todas las áreas de la vida. El liderazgo que fragmenta su fe, limitándola a lo espiritual-religioso, no puede representar fielmente el Reino de Dios. El Reino se manifiesta en el trabajo, en el estudio, en la familia, en las finanzas y en la vida cotidiana. Jesús no es Señor de una parte de la vida, sino de toda la vida.

Por ello, formar líderes implica también erradicar la mentalidad secular que separa lo sagrado de lo cotidiano. Pablo declara que todo lo que hagamos debe hacerse para la gloria de Dios (**1 Corintios 10:31**). Los líderes del Reino dan testimonio no solo por lo que enseñan, sino por cómo viven. Su coherencia es su credencial más poderosa. Una Iglesia no necesita más líderes visibles, sino líderes íntegros.

La formación de líderes bajo parámetros de Reino es, en esencia, un acto de fe pastoral. Implica delegar, ceder espacios, permitir que otros crezcan, aun cuando eso desafie la comodidad o el control. Moisés tuvo que aprender que el pueblo no podía depender solo de él (**Éxodo 18**). Jesús mismo confió su obra a hombres imperfectos, pero dispuestos. La Iglesia que no delega, se estanca; la Iglesia que no forma, se debilita.

Aquí comienza el verdadero desafío pastoral: formar líderes que no busquen ser servidos, sino servir; que no aspiren a posiciones, sino a fidelidad; que no reproduzcan modelos humanos, sino la vida de Cristo en ellos. Este es el llamado magisterial de los pastores en este tiempo: edificar líderes de Reino para una Iglesia madura, ordenada y llena de la gloria de Dios.

Por otra parte, la formación de líderes en el Reino de Dios nunca ocurre de manera espontánea ni improvisada. Requiere intención pastoral, discernimiento espiritual y una inversión consciente de tiempo y vida. Jesús no llamó multitudes para hacerlas líderes; eligió a unos pocos para

caminar con ellos de cerca. “*Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar*” (**Marcos 3:14**). El orden del texto no es casual: primero estar con Él, luego hacer para Él. Todo liderazgo que invierte ese orden termina siendo activismo sin sustancia espiritual.

Por esta razón, el pastor formador debe aprender a identificar personas con potencial espiritual, no necesariamente con visibilidad inmediata. El potencial de Reino se discierne en la disposición del corazón, en la fidelidad en lo pequeño, en la capacidad de recibir corrección y en el hambre por crecer espiritualmente. Jesús enseñó que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho (**Lucas 16:10**). La formación de líderes comienza allí, en lo cotidiano, en la constancia silenciosa que no busca aplausos.

Identificar implica observar, orar y escuchar al Espíritu Santo. Pero identificar no es suficiente; es necesario invertir. La mentoría uno a uno es una herramienta poderosa en la formación de líderes del Reino. Pablo no solo enseñó públicamente, también transmitió su vida a hombres como Timoteo y Tito. “*Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros*” (**2 Timoteo 2:2**). Aquí se revela un principio clave del Reino: la transmisión de una mentalidad, no solo de información.

Esa mentalidad debe estar alineada con el Nuevo Pacto y con una comprensión integral del Reino de Dios. Uno de los desafíos más grandes en la formación de líderes hoy es la

persistencia de una mentalidad secular fragmentada, que separa la fe de la vida diaria. Muchos creyentes sirven con compromiso en la iglesia, pero viven bajo principios totalmente ajenos al Reino en su trabajo, en sus decisiones financieras o en su vida familiar. Esta dicotomía debilita el testimonio y produce líderes incongruentes.

El pastor formador debe confrontar amorosamente esta fragmentación, ayudando a sus discípulos a entender que todo pertenece al Reino. Pablo declara que hemos sido trasladados al Reino del Hijo de su amor (**Colosenses 1:13**). No entramos al Reino por partes; entramos con toda nuestra vida. El liderazgo del Reino no se activa solo cuando se toma un micrófono o se coordina un equipo; se manifiesta en la manera de vivir, de hablar, de resolver conflictos y de administrar los recursos.

Cuando los líderes comprenden esta conciencia integral, su liderazgo se vuelve auténtico. Ya no representan un rol, sino una vida rendida a Cristo. Esto los convierte en referentes espirituales más allá de su función. La Iglesia necesita líderes que enseñen con palabras, pero que confirmen su enseñanza con hechos. Jesús advirtió que el verdadero árbol se conoce por su fruto (**Mateo 7:16**). El fruto visible es siempre consecuencia de una raíz sana.

Dentro del proceso formativo, es imprescindible crear oportunidades prácticas para servir y liderar. El discipulado sin práctica produce oyentes, no hacedores. Santiago exhorta a no engañarnos a nosotros mismos siendo solo oidores de la

palabra (**Santiago 1:22**). Delegar responsabilidades es parte del diseño de Dios para el crecimiento del liderazgo. No se trata de abandonar, sino de acompañar. Delegar no es perder autoridad, es multiplicarla.

Muchos pastores enfrentan el temor de delegar por miedo a errores, conflictos o pérdida de control. Sin embargo, el Reino se edifica confiando procesos. Jesús envió a sus discípulos aun sabiendo que todavía no habían recibido la regeneración y que obviamente no lo entendían todo (**Lucas 9:1 al 6**). La formación madura acepta el riesgo del aprendizaje, corrige con amor y enseña desde la experiencia. Un liderazgo que nunca se equivoca es un liderazgo que nunca hace nada.

Ahora bien, delegar sin enseñar es irresponsable. Por eso, la capacitación y la enseñanza sistemática son fundamentales. Los pastores no pueden asumir que sus discípulos saben o comprenden correctamente los principios bíblicos. Pablo exhortó a Timoteo a ocuparse en la lectura, la exhortación y la enseñanza (**1 Timoteo 4:13**). La formación de líderes requiere instrucción clara, repetida y bien fundamentada, especialmente en lo relacionado con el Nuevo Pacto y la correcta interpretación de las Escrituras.

Uno de los errores más comunes es mezclar pactos, aplicando principios del Antiguo Pacto fuera de su contexto redentivo, generando cargas, confusión o legalismo. El líder de Reino debe tener un panorama bíblico claro, cristocéntrico y neotestamentario. Jesús es el cumplimiento de la Ley, y

toda enseñanza debe conducir a Él. Cuando la doctrina es sana, el liderazgo es estable; cuando la doctrina es confusa, el liderazgo se debilita.

Otro elemento esencial en la formación de líderes es la rendición de cuentas. El Reino no se edifica sobre la independencia espiritual, sino sobre la interdependencia del cuerpo de Cristo. Pablo enseña que Dios ordenó el cuerpo de tal manera que no haya división, sino que los miembros se cuiden unos a otros (**1 Corintios 12:25**). La rendición de cuentas no es control, es cuidado; no es vigilancia, es protección espiritual.

Crear espacios seguros para la confesión, la exhortación y la edificación mutua fortalece la transparencia y la unidad. Santiago exhorta a confesar las ofensas unos a otros y a orar unos por otros para ser sanados (**Santiago 5:16**). Un líder que no rinde cuentas tarde o temprano se aísla, y el aislamiento es terreno fértil para la caída. La formación sana enseña a caminar en la luz, no a aparentar perfección.

El pastor formador debe modelar esta cultura con su propio ejemplo. No puede exigir apertura si vive cerrado, ni pedir sujeción si no se somete. El liderazgo se reproduce por imitación más que por instrucción. Pablo podía decir con autoridad: “***Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo***” (**1 Corintios 11:1**). Esta declaración solo es posible cuando hay coherencia entre lo que se enseña y lo que se vive.

Finalmente, el proceso formativo debe incluir feedback constante, honesto y edificante. La corrección es parte del amor pastoral. Hebreos enseña que el Señor al que ama disciplina (**Hebreos 12:6**). Corregir no es rechazar; es afirmar el valor del discípulo y su potencial. El feedback saludable no humilla, sino que orienta; no desanima, sino que impulsa al crecimiento.

Un liderazgo que aprende a recibir corrección se vuelve enseñable. Y un liderazgo enseñable está en condiciones de seguir creciendo y formando a otros. Este es el corazón del Reino: vidas en proceso, guiadas por pastores que forman con paciencia, verdad y amor.

Además, la eficacia en la formación de líderes no depende únicamente de métodos, estructuras o programas, sino de la actitud espiritual del pastor que forma. El liderazgo que edifica a otros nace de un corazón transformado por Cristo y rendido a su señorío. Sin esta base interior, todo esfuerzo formativo se vuelve mecánico, y el proceso pierde su dimensión espiritual. Por eso, la formación de líderes bajo parámetros de Reino comienza siempre en el corazón del formador.

La humildad es la primera y más indispensable virtud del líder que forma a otros. Reconocer que no se lo sabe todo, que siempre hay espacio para aprender y que Dios puede hablar a través de otros, incluso de aquellos a quienes se está formando, es una señal de madurez espiritual. El apóstol Pedro exhorta a vestirse de humildad unos con otros,

porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (**1 Pedro 5:5**). Un pastor soberbio puede producir seguidores, pero nunca discípulos saludables.

La humildad permite crear un ambiente donde el aprendizaje es continuo y la corrección es bienvenida. Cuando los discípulos perciben que su pastor también está en proceso, se sienten habilitados a crecer sin temor. El liderazgo del Reino no se presenta como un modelo inalcanzable, sino como una vida rendida que invita a otros a caminar el mismo camino. Jesús, siendo Señor, lavó los pies de sus discípulos, enseñando que la autoridad en el Reino se expresa a través del servicio (**Juan 13:14 y 15**).

Junto con la humildad, la intencionalidad es una actitud clave en la formación de líderes. Nada verdaderamente valioso en el Reino sucede por casualidad. La formación espiritual requiere planificación pastoral, tiempos asignados, objetivos claros y acompañamiento constante. Pablo exhortó a Timoteo a ocuparse de estas cosas, a permanecer en ellas, para que su aprovechamiento fuera manifiesto a todos (**1 Timoteo 4:15**). La intencionalidad distingue al pastor que espera resultados del pastor que siembra con visión.

Formar líderes implica decidir conscientemente invertir tiempo en personas, aun cuando eso signifique menos tiempo en otras actividades. Jesús eligió concentrarse en doce, sabiendo que a través de ellos alcanzaría a las multitudes. La formación de líderes es una obra a largo plazo;

sus frutos no siempre son inmediatos, pero son profundos y duraderos. El pastor que comprende esto no se desespera por resultados rápidos, sino que confía en el proceso de Dios.

La paciencia es otra virtud indispensable del líder formador. El crecimiento espiritual no es uniforme ni lineal. Cada discípulo avanza a su propio ritmo, conforme a su historia, su madurez y la obra del Espíritu Santo en su vida. Pretender formar clones ministeriales es desconocer la riqueza del diseño de Dios. Pablo enseña que hay diversidad de dones, ministerios y operaciones, pero el mismo Espíritu, el mismo Señor y el mismo Dios (**1 Corintios 12:4 al 6**). La diversidad no debilita al Cuerpo, lo enriquece.

El formador de líderes celebra las diferencias sin celos ni egoísmos. No busca reproducirse a sí mismo, sino ayudar a cada discípulo a desarrollar las capacidades que Dios le otorgó. El liderazgo inseguro compite; el liderazgo sano acompaña. Juan el Bautista pudo decir con libertad: “*Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe*” (**Juan 3:30**). Esta declaración resume el corazón del líder de Reino: vivir para que Cristo sea formado en otros.

La multiplicación es la evidencia de una formación saludable. El Reino de Dios crece por reproducción espiritual, no por acumulación de funciones. Jesús estableció un principio inalterable cuando dijo: “*En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto*” (**Juan 15:8**). El fruto que permanece es aquel que produce vida en otros. Por eso, formar líderes implica enseñar una mentalidad

multiplicadora, donde cada discípulo entiende que ha sido llamado a transmitir lo recibido.

Esta mentalidad transforma la dinámica de la Iglesia. Los líderes dejan de ser consumidores de enseñanza para convertirse en dadores de vida. Pablo exhorta a los creyentes a madurar de tal manera que ya no necesiten leche, sino alimento sólido (**Hebreos 5:12 al 14**). La Iglesia que vive bajo parámetros de Reino no gira en torno a unos pocos que hacen todo, sino que funciona como un cuerpo donde cada miembro aporta conforme a la gracia recibida.

La multiplicación también protege a la Iglesia del estancamiento y del personalismo. Cuando todo depende de una sola persona, el crecimiento se limita y el desgaste es inevitable. En cambio, cuando los pastores forman y levantan líderes, el ministerio se expande sin perder profundidad espiritual. Moisés comprendió esto cuando aceptó el consejo de Jetro y delegó responsabilidades, preservando su vida y fortaleciendo al pueblo (**Éxodo 18:17 al 23**).

Llegados a este punto, es necesario exhortar pastoralmente a los ministros que asumen este llamado con temor de Dios. Formar líderes bajo parámetros de Reino es una tarea sagrada. No se trata de llenar espacios, sino de edificar vidas; no de ocupar funciones, sino de establecer fundamentos espirituales sólidos. El pastor que forma líderes participa activamente en la obra eterna de Dios, dejando un legado que trasciende su propio ministerio.

Este tiempo demanda pastores con visión, discernimiento y valentía espiritual. La Iglesia necesita líderes con carácter, doctrina sana y una vida coherente con el mensaje que proclaman. No basta con saber hacer; es imprescindible saber ser en Cristo. La formación de líderes es, en última instancia, una obra del Espíritu Santo, pero Dios elige hacerlo a través de pastores fieles que se disponen a enseñar, acompañar, corregir y amar.

Que este llamado renueve la pasión pastoral por el discipulado profundo, por la enseñanza fiel y por la edificación del Cuerpo de Cristo conforme a los parámetros del Reino. Que el Señor levante líderes que no busquen su propia gloria, sino la gloria de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable (**1 Pedro 2:9**).

*“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”*

Efesios 2:19 al 22



## Capítulo dos

# PARÁMETROS PARA LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITUALES

*“Enséñame a hacer tu voluntad,  
porque tú eres mi Dios.  
Que tu buen Espíritu me guíe  
por un terreno firme.”*

Salmo 143:10

La Iglesia de Jesucristo ha sido llamada a vivir y manifestar una fe que no se reduce a conceptos intelectuales ni a estructuras meramente organizacionales, sino que brota de una relación viva con Dios por medio del Espíritu Santo. Desde el inicio del testimonio neotestamentario, la experiencia cristiana aparece inseparablemente unida a la obra activa, dinámica y sobrenatural del Espíritu.

Negar esta realidad no solo empobrece la vida espiritual de la Iglesia, sino que la aleja del modelo original establecido por Cristo y confirmado por los apóstoles. Sin embargo, aceptar esta verdad tampoco nos autoriza a abrazar toda manifestación sin discernimiento, ni a confundir la obra

genuina de Dios con expresiones producidas por la carne, la sugestión emocional o la manipulación espiritual.

Jesús mismo dejó en claro que su ministerio terrenal fue ejercido en total dependencia del Espíritu Santo. El Evangelio declara que fue ungido por el Espíritu para anunciar buenas nuevas, sanar a los quebrantados de corazón, dar vista a los ciegos y liberar a los oprimidos. Esta unción no fue un evento aislado, sino la expresión constante de una vida rendida plenamente a la voluntad del Padre.

Cuando el Señor afirma que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, establece un principio fundamental para toda manifestación espiritual auténtica: el origen nunca está en el deseo humano, sino en la iniciativa divina. Allí donde la Iglesia intenta producir lo que solo Dios puede generar, se cruza una frontera peligrosa que termina afectando la salud espiritual del cuerpo de Cristo.

El testimonio apostólico confirma que la vida de la Iglesia primitiva estuvo marcada por manifestaciones visibles del Espíritu Santo. Lenguas, profecías, sanidades, milagros y discernimiento espiritual no eran fenómenos excepcionales, sino parte de la normalidad de una comunidad que vivía en comunión con Dios.

El libro de los Hechos no presenta estos acontecimientos como espectáculos, sino como respuestas soberanas del Espíritu a contextos concretos de necesidad, expansión misionera, edificación de la Iglesia y glorificación

de Cristo. En ningún caso se observa una búsqueda obsesiva de experiencias, sino una obediencia continua que permitía al Espíritu manifestarse según su voluntad.

El apóstol Pablo, al escribir a la iglesia de Corinto, no niega la validez de los dones espirituales, aun cuando esa congregación enfrentaba graves problemas de desorden, inmadurez y carnalidad. Por el contrario, afirma con claridad que no quiere que los creyentes ignoren acerca de los dones espirituales, estableciendo así que la ignorancia espiritual no es una forma de prudencia, sino una puerta abierta al error (**1 Corintios 12:1**).

Al mismo tiempo, el apóstol dedica capítulos enteros a corregir abusos, desvíos y motivaciones incorrectas, dejando en evidencia que la presencia de dones no equivale automáticamente a madurez espiritual. Esta distinción es esencial para la Iglesia de todos los tiempos: los dones son reales, necesarios y bíblicos, pero deben operar bajo el gobierno del carácter de Cristo y el orden del Espíritu Santo.

Uno de los mayores peligros en torno a las manifestaciones espirituales es el subjetivismo. Cuando la experiencia personal se convierte en el criterio supremo de verdad, la Iglesia corre el riesgo de reemplazar la revelación bíblica por sensaciones, impulsos o emociones momentáneas.

La Escritura enseña que el corazón humano es engañoso, y por ello toda experiencia espiritual debe ser

examinada a la luz de la Palabra y del testimonio del Espíritu que glorifica a Cristo. El Espíritu Santo nunca se manifiesta para exaltarse a sí mismo ni para colocar al ser humano en el centro, sino para revelar a Jesús, afirmar Su señorío y edificar Su cuerpo.

Asimismo, no puede ignorarse que en ciertos contextos las manifestaciones espirituales han sido utilizadas para manipular ambientes, ejercer presión emocional o construir narrativas exageradas que distorsionan la verdad. ¡La Iglesia no necesita tal cosa!

Cuando se testifica que ocurrió más de lo que realmente ocurrió, no se honra a Dios, sino que se debilita la credibilidad espiritual de la Iglesia. La Escritura exhorta a hablar verdad cada uno con su prójimo, y este principio también se aplica al ámbito de lo sobrenatural. Dios no necesita exageraciones para ser glorificado, ni adornos humanos para validar su poder. La verdad sencilla y sobria es suficiente cuando Él obra genuinamente.

En el otro extremo, la reacción de rechazo absoluto a toda manifestación espiritual ha producido una Iglesia racionalizada, temerosa del error, pero empobrecida en vida espiritual. Cuando se etiqueta como carnal o diabólico todo aquello que desafía la lógica humana, se termina negando una dimensión esencial del Evangelio.

El mismo Jesús fue acusado de actuar por el poder de Beelzebú cuando liberaba a los oprimidos, y advirtió con

solemnidad sobre el peligro de atribuir al enemigo la obra del Espíritu Santo. Este pasaje no debe usarse para justificar excesos, pero sí para recordar que oponerse sistemáticamente a la acción del Espíritu también es una forma de desobediencia y en algunos casos de blasfemia.

La Iglesia está llamada a caminar por una senda más elevada, donde la fe no se apaga por temor al error, ni se desborda por falta de discernimiento. El Espíritu Santo es un Espíritu de poder, pero también de dominio propio. Allí donde Él gobierna, hay vida, libertad y edificación, pero también orden, reverencia y claridad espiritual. El verdadero mover del Espíritu no genera confusión ni dependencia enfermiza de experiencias, sino transformación progresiva del carácter y una mayor conformidad a Cristo.

Para los pastores y líderes espirituales, este tema adquiere una responsabilidad aún mayor. Gobernar espiritualmente una congregación no implica producir manifestaciones, sino discernirlas, acompañarlas y, cuando sea necesario, corregirlas con amor y verdad. El pastor no es dueño del mover del Espíritu, pero sí es custodio del ambiente espiritual.

Su llamado es crear un espacio donde Dios pueda obrar libremente, sin presiones humanas, sin manipulaciones y sin temores infundados. Esto exige una vida personal profundamente arraigada en la comunión con Dios, un conocimiento sólido de la Palabra y una sensibilidad espiritual cultivada en el temor reverente del Señor.

La Iglesia del Reino no puede darse el lujo de ignorar los dones espirituales, porque hacerlo sería renunciar a una dimensión esencial de su identidad. Pero tampoco puede permitirse trivializarlos o utilizarlos como instrumentos de validación humana. Los dones no son trofeos espirituales ni marcas de superioridad, sino expresiones de la gracia de Dios para servir, edificar y glorificar a Cristo. Allí donde esta verdad se comprende y se vive, las manifestaciones espirituales dejan de ser motivo de división y se convierten en instrumentos de bendición.

Esta primera aproximación nos invita a recuperar una visión bíblica, madura y equilibrada de las manifestaciones del Espíritu Santo. Una visión que no niega lo sobrenatural, pero que tampoco lo idolatra; que honra la obra del Espíritu, pero que la somete al gobierno de Cristo y a la verdad de la Palabra. Solo así la Iglesia podrá caminar con poder y con pureza, con libertad y con temor de Dios, manifestando al mundo no un cristianismo fabricado, sino la vida misma de Cristo fluyendo por medio de su cuerpo.

El discernimiento espiritual no es una capacidad reservada a unos pocos, sino una responsabilidad que acompaña inevitablemente a toda manifestación auténtica del Espíritu Santo. La Escritura exhorta a probar los espíritus para ver si son de Dios, no como una expresión de desconfianza crónica, sino como una señal de madurez espiritual. Allí donde el Espíritu obra con libertad, también capacita a la Iglesia para discernir su accionar, de modo que lo genuino sea afirmado y lo falso corregido sin temor ni

confusión. Una Iglesia que carece de discernimiento se vuelve vulnerable tanto al engaño como al apagamiento del mover divino.

El discernimiento no se opone a la fe, sino que la protege. No nace del escepticismo, sino del temor de Dios. Cuando Pablo enseña que el Espíritu escudriña aun lo profundo de Dios, también afirma que el hombre espiritual discierne todas las cosas. Esta capacidad no es meramente intelectual, sino espiritual, y se cultiva en la intimidad con Dios, en la obediencia a la Palabra y en una vida rendida al gobierno del Espíritu Santo. El problema surge cuando se pretende discernir sin comunión, juzgar sin amor o corregir sin autoridad espiritual. En esos casos, el discernimiento degenera en crítica, y la corrección pierde su efecto edificante.

En el ejercicio pastoral, una de las tareas más delicadas consiste en distinguir entre manifestaciones que provienen del Espíritu Santo y aquellas que son producto de la carne, de la sugestión emocional o de dinámicas grupales no gobernadas. No toda emoción intensa es una señal de lo sobrenatural, ni toda experiencia sobrenatural se expresa de manera emocional.

La Escritura enseña que el fruto del Espíritu incluye dominio propio, lo cual implica que aun en medio de una manifestación poderosa, el espíritu del profeta está sujeto al profeta (**1 Corintios 14:32**). Este principio desarma la idea de que toda conducta desbordada es automáticamente

atribuible a Dios y establece un marco claro de responsabilidad personal y comunitaria.

El Espíritu Santo no anula la conciencia ni suspende la voluntad, sino que las redime y las alinea con la verdad. Cuando una manifestación espiritual conduce a la pérdida total de control, a la exaltación del individuo o a la confusión generalizada, es legítimo que el liderazgo pastoral intervenga con sabiduría y amor. No para apagar al Espíritu, sino para proteger a la Iglesia de expresiones que, lejos de edificar, terminan debilitando la fe y generando tropiezo. El orden espiritual no es enemigo del poder de Dios; es el canal por el cual ese poder puede fluir de manera saludable y sostenida.

Un criterio fundamental para evaluar las manifestaciones espirituales es su fruto. Jesús enseñó que todo árbol se conoce por su fruto, y este principio es plenamente aplicable al ámbito de lo sobrenatural. Las manifestaciones genuinas del Espíritu producen arrepentimiento, sanidad interior, restauración, crecimiento en santidad y una mayor centralidad de Cristo en la vida de las personas. Cuando lo que permanece es dependencia emocional del ambiente, búsqueda constante de estímulos o exaltación de experiencias por encima de la obediencia, algo esencial se ha desviado. El Espíritu Santo no crea adicción a las manifestaciones, sino hambre por Dios y compromiso con su voluntad.

La Iglesia también debe reconocer que el uso incorrecto de los dones espirituales puede generar un grave

daño al testimonio cristiano. En un mundo cada vez más escéptico y crítico, las exageraciones, los testimonios inflados y las afirmaciones sin sustento no solo afectan a una congregación local, sino que alimentan la burla y el rechazo hacia la fe cristiana en general. La verdad, aun cuando parece menos espectacular, siempre glorifica más a Dios que la exageración. La sobriedad espiritual no es falta de fe; es una expresión de reverencia.

En este contexto, el rol del pastor como administrador de los misterios de Dios adquiere una relevancia central. El liderazgo espiritual no consiste en promover manifestaciones, sino en pastorear personas. El pastor está llamado a cuidar tanto de aquellos que se sienten atraídos por lo sobrenatural como de aquellos que se sienten confundidos o temerosos ante estas expresiones. Esto requiere paciencia, enseñanza constante y una disposición humilde a corregir sin humillar y a afirmar sin alimentar el orgullo espiritual. La autoridad pastoral se fortalece cuando se ejerce con equilibrio, coherencia y fidelidad a la verdad bíblica.

Es importante recordar que los dones espirituales no son un fin en sí mismos, sino medios por los cuales Dios edifica a Su Iglesia y extiende Su Reino. Pablo afirma que a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho, no para exhibición personal. Cuando esta perspectiva se pierde, los dones dejan de cumplir su propósito original y se convierten en instrumentos de división o competencia. La Iglesia del Reino debe recuperar una comprensión funcional y servicial de lo sobrenatural, donde

cada manifestación apunta a la edificación del cuerpo y a la gloria de Cristo.

La historia de la Iglesia demuestra que cada vez que el mover del Espíritu fue acompañado por una sólida enseñanza bíblica y un liderazgo maduro, produjo renovación, expansión y transformación social. Por el contrario, cuando las manifestaciones fueron desconectadas de la Palabra y del carácter de Cristo, los avivamientos se apagaron prematuramente o derivaron en extremos dañinos. Esta lección histórica no debe llevarnos al temor, sino a la sabiduría. Dios sigue siendo el mismo, pero la Iglesia está llamada a crecer en madurez para administrar correctamente lo que Él confía.

El llamado pastoral en este tiempo no es elegir entre Espíritu y Palabra, sino abrazar ambos como una unidad inseparable. El Espíritu que se manifiesta es el mismo que inspiró las Escrituras, y nunca se contradice a sí mismo. Cuando la Iglesia camina en esta armonía, las manifestaciones espirituales dejan de ser un campo de conflicto y se convierten en una expresión natural de una vida cristiana plena. El desafío no es reducir lo sobrenatural, sino purificarlo; no es apagar el fuego, sino mantenerlo en el altar correcto.

Esta comprensión prepara el camino para una Iglesia que se mueve con libertad, pero también con responsabilidad; con fe, pero también con discernimiento; con poder, pero bajo el señorío de Cristo. Una Iglesia que no teme a las

manifestaciones del Espíritu, pero que tampoco las manipula ni las absolutiza. En este equilibrio santo, la Iglesia refleja al mundo un testimonio creíble, vivo y profundamente transformador.

Llegados a este punto, es necesario afirmar con claridad que la discusión en torno a las manifestaciones del Espíritu Santo no es un debate secundario ni periférico, sino una cuestión profundamente ligada a la identidad y misión de la Iglesia. No se trata simplemente de aceptar o rechazar expresiones visibles de lo espiritual, sino de discernir qué tipo de Iglesia estamos formando y qué testimonio estamos ofreciendo al mundo.

Reitero este concepto: Una Iglesia que ignora lo sobrenatural termina proclamando un Evangelio reducido, carente de la plenitud de vida que Cristo vino a traer. Pero una Iglesia que se entrega sin discernimiento a cualquier manifestación termina perdiendo autoridad espiritual y credibilidad pastoral. Los pastores son los que deben poner el equilibrio necesario en cada congregación.

El llamado del Reino nos convoca a una postura más elevada, donde el poder del Espíritu y el temor de Dios caminan juntos. La Escritura enseña que el principio de la sabiduría es el temor del Señor, y este principio no se suspende cuando el Espíritu se manifiesta, sino que se profundiza. Allí donde Dios obra con poder, también se espera reverencia. Allí donde el Espíritu se derrama, también se demanda santidad. Toda manifestación que no conduzca a

una mayor obediencia a Cristo debe ser examinada con seriedad, no desde el prejuicio, sino desde la responsabilidad espiritual.

Los pastores y líderes bajo cobertura apostólica están llamados a ejercer una paternidad espiritual que no reacciona por temor ni actúa por presión, sino que gobierna con discernimiento. Gobernar espiritualmente no significa controlar lo que Dios hace, sino establecer límites saludables para que lo que Él hace no sea distorsionado por la carne humana. Esta tarea exige valentía pastoral, porque muchas veces corregir excesos genera resistencia, incomodidad o incluso produce incomprensión. Sin embargo, el verdadero amor pastoral no busca agradar a las multitudes, sino proteger la salud espiritual del rebaño que Dios ha confiado.

Es fundamental comprender que no todo silencio del liderazgo es prudencia, y no toda intervención es apagamiento del Espíritu. Cuando el liderazgo calla frente a exageraciones, manipulaciones o manifestaciones claramente carnales, termina legitimando prácticas que a largo plazo dañan profundamente a la Iglesia.

La Escritura exhorta a los pastores a velar por las almas como quienes han de dar cuenta. Esta rendición de cuentas no se limita a la doctrina enseñada, sino también a los ambientes espirituales permitidos. El pastor es responsable no solo de lo que se dice desde el púlpito, sino de lo que se valida con el silencio.

Al mismo tiempo, es necesario advertir sobre el peligro opuesto: el de una prudencia mal entendida que termina sofocando el mover genuino del Espíritu. Cuando por temor a equivocarse se rechaza sistemáticamente toda manifestación sobrenatural, se construye una cultura eclesial donde Dios es teóricamente omnipotente, pero prácticamente ausente. Esta postura, aunque a veces se disfraza de sobriedad doctrinal, suele estar alimentada por incredulidad, heridas pasadas o una teología incompleta. El Espíritu Santo no fue dado solo para iluminar la mente, sino para transformar vidas con poder, por eso sus manifestaciones son necesarias y no deben apagarse por temor.

La Iglesia del Reino está llamada a recuperar una expectativa santa, no sensacionalista, sino bíblica. Una expectativa que no exige a Dios que se manifieste de determinada manera, pero que tampoco limita su accionar a lo comprensible. La fe genuina deja espacio para la sorpresa divina, pero no abdica del discernimiento espiritual. Esta tensión santa entre apertura y gobierno es una de las señales más claras de madurez ministerial.

Es importante recordar que Jesús prometió que quienes creen en Él harían las obras que Él hizo, y aún mayores, no como una licencia para la exageración, sino como una invitación a vivir en la misma dependencia del Espíritu que caracterizó su ministerio. Estas obras no fueron realizadas para impresionar, sino para revelar el corazón del Padre. Cada sanidad, cada liberación y cada palabra inspirada tenían como propósito restaurar, salvar y glorificar a Dios. Cuando

las manifestaciones espirituales pierden este propósito redentor, se transforman en ruido religioso vacío.

La exhortación apostólica para este tiempo es clara: no ignoren los dones espirituales, pero no los trivialicen. No apaguen al Espíritu, pero no le atribuyan lo que Él no está haciendo. No fabriquen atmósferas artificiales ni testimonios inflados. Dios no necesita ayuda humana para manifestar su gloria. La sencillez, la verdad y la obediencia siguen siendo los contextos donde el Espíritu se mueve con mayor libertad.

Una Iglesia viva no es aquella que exhibe constantemente manifestaciones visibles, sino aquella donde Cristo es evidente en el carácter de sus miembros, en el amor fraternal, en la santidad cotidiana y en el poder que transforma vidas. Cuando los dones fluyen en este contexto, se convierten en una bendición incuestionable y en una señal del Reino de Dios en medio del pueblo. Cuando se desconectan de esta base, se vuelven frágiles y fácilmente corrompibles.

El llamado final para los pastores es a permanecer firmes en una visión de Reino que abrace la plenitud del Espíritu sin perder la sobriedad espiritual. Una visión que forme creyentes maduros, no dependientes de estímulos, sino arraigados en Cristo. Una Iglesia que no tenga miedo de lo sobrenatural, pero que tema profundamente deshonrar a Dios. Una Iglesia que camine en poder, pero bajo autoridad; en libertad, pero con responsabilidad; en fe, pero con verdad.

Solo una Iglesia así podrá atravesar los desafíos de este tiempo sin desviarse ni endurecerse. Solo una Iglesia así podrá ofrecer al mundo no un cristianismo artificial, sino el testimonio vivo de Jesucristo resucitado, obrando hoy por medio de su Espíritu, con poder, con verdad y con gloria.

***“En el temor del Señor hay confianza segura, y sus hijos tendrán refugio.”***

Proverbios 14:26



## Capítulo tres

# PARÁMETROS DE REINO PARA IMPONER DISCIPLINA

*“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.”*

Hebreos 12:11

La disciplina dentro de la iglesia no puede comprenderse correctamente si se la separa del carácter de Dios. Cualquier intento de disciplinar que no nazca del corazón del Padre revelado en Cristo corre el riesgo de convertirse en un ejercicio de poder humano, de control religioso o, peor aún, de violencia espiritual encubierta. Por esta razón, hablar de parámetros de Reino para disciplinar exige comenzar no desde la conducta del hombre, sino desde la naturaleza de Dios.

La Escritura afirma con claridad que Dios disciplina a sus hijos, y lo hace no como un juez airado que busca castigar, sino como un Padre amoroso que procura formar, corregir y restaurar. Hebreos declara: “**Hijo mío, no**

*menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él; porque el Señor al que ama, disciplina”* (Hebreos 12:5 y 6). La disciplina, en el Reino, no es una señal de rechazo, sino una evidencia de filiación.

Esta verdad establece un principio innegociable: solo puede disciplinar correctamente quien ama correctamente. Donde no hay amor pastoral genuino, la disciplina degenera en legalismo; donde no hay temor de Dios, la corrección se convierte en abuso. El mismo pasaje de Hebreos afirma que Dios nos disciplina “*para nuestro bien, para que participemos de su santidad*” (Hebreos 12:10). Esto define el propósito y también el límite de toda acción disciplinaria en la iglesia. Nunca se disciplina para exhibir autoridad, para dar ejemplo desde el escarnio, ni para preservar una imagen institucional; se disciplina para el bien espiritual del hermano y para la salud del cuerpo de Cristo.

En este punto resulta necesario afirmar, con toda claridad, que la iglesia no está llamada a reproducir modelos punitivos, judiciales o inquisitoriales. El Reino de Dios no opera por vergüenza pública, ni por castigos humillantes, ni por confesiones forzadas que violentan la conciencia y la dignidad de las personas.

Prácticas tales como exponer públicamente pecados personales, imponer silencios relationales, prohibir saludos o generar aislamiento social como forma de castigo no solo carecen de respaldo bíblico, sino que contradicen el espíritu del Evangelio. Jesucristo jamás restauró a nadie

avergonzándolo, y ningún pastor que represente al Buen Pastor puede justificar tales métodos en Su nombre.

El derecho, y el deber, de la iglesia de ejercer disciplina ha sido cuestionado en distintos tiempos y contextos. Algunos argumentan que se trata de una intromisión indebida en la vida privada, apelando a una noción individualista de la libertad cristiana. Otros afirman que la disciplina es incompatible con la gracia, o que constituye una forma de legalismo que ignora la condición pecadora universal del ser humano.

Sin embargo, estas objeciones no resisten un análisis bíblico serio. La Escritura no presenta la disciplina como una opción entre muchas, sino como un mandato explícito. Jesús mismo establece el procedimiento en **Mateo 18:15 al 17**, y el apóstol Pablo lo aplica con claridad pastoral y firmeza espiritual en **1 Corintios 5**.

La libertad cristiana nunca fue concebida como licencia para persistir en el pecado, ni como excusa para rechazar toda corrección. La verdadera libertad se vive dentro de la verdad, y la verdad siempre confronta aquello que destruye al ser humano. Del mismo modo, la gracia no elimina la disciplina; la redime. La gracia no consiste en tolerar el pecado, sino en proveer un camino de arrepentimiento y restauración. Cuando la iglesia disciplina bíblicamente, no está negando la gracia, sino administrándola con responsabilidad espiritual.

El Señor Jesús establece un principio fundamental al hablar de la corrección entre hermanos: todo comienza en lo privado. ***“Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos”*** (**Mateo 18:15**). Este mandato revela el carácter profundamente pastoral del proceso. La disciplina en el Reino no comienza con anuncios, ni con exposiciones públicas, ni con medidas drásticas, sino con una conversación personal, humilde y redentora. Allí se pone a prueba el corazón del pastor y del liderazgo: si el objetivo es ganar al hermano, o simplemente resolver un problema.

El proceso descrito por Jesús es progresivo y proporcional. Solo si el hermano persiste en su pecado y se niega a escuchar, se amplía el círculo de intervención, primero con testigos, luego con la iglesia, y finalmente, en casos extremos, con una separación temporal. Esta progresión no busca aumentar la presión, sino multiplicar las oportunidades de arrepentimiento. Cada paso es una expresión de la paciencia divina, no de la severidad humana.

El apóstol Pablo, al tratar un caso grave de pecado en la iglesia de Corinto, reafirma esta misma lógica espiritual. Advierte que el pecado tolerado se propaga como la levadura en la masa y afecta a toda la comunidad (**1 Corintios 5:6**). La disciplina, entonces, no solo tiene un efecto correctivo individual, sino también protector y preventivo para el cuerpo de Cristo. La iglesia es llamada a ser una comunidad santa, no por mérito propio, sino porque ha sido apartada para Dios. Cristo entregó su vida por la iglesia **“para santificarla... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia”**

*gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga”* (Efesios 5:25 al 27).

Es fundamental comprender que la disciplina eclesiástica se ejerce exclusivamente sobre aquellos que están “dentro” de la comunidad de fe. Pablo es categórico al respecto: “*¿No juzgáis vosotros a los que están dentro?*” (1 Corintios 5:12). La iglesia no disciplina al mundo, ni un pastor puede meterse en las decisiones internas de otra congregación; cada uno debe discipular a los miembros de su congregación. La disciplina presupone pertenencia, compromiso y responsabilidad espiritual. No puede disciplinarse a quien no ha decidido someterse voluntariamente al cuidado pastoral de una iglesia local.

Este principio protege a la iglesia de dos extremos igualmente dañinos: por un lado, el autoritarismo que pretende controlar vidas sin relación ni pacto; por otro, el relativismo que renuncia a toda corrección por temor al conflicto. En el Reino, la autoridad siempre está ligada al servicio, y la corrección siempre está subordinada al amor.

La disciplina, cuando es ejercida correctamente, puede producir frutos gloriosos. Pablo relata que el hombre disciplinado en Corinto experimentó una tristeza piadosa que lo condujo al arrepentimiento, y exhorta a la iglesia a perdonarlo y restaurarlo, “*para que no sea consumido de demasiada tristeza*” (2 Corintios 2:7). Este pasaje revela uno de los parámetros más olvidados de la disciplina: saber cuándo terminarla. La disciplina que no da lugar a la

restauración deja de ser bíblica, aunque haya comenzado correctamente.

Como ocurre en la paternidad natural, nadie que ame verdaderamente se deleita en disciplinar. Sin embargo, la ausencia de disciplina es una forma de abandono. Un niño sin límites es un niño sin futuro, y una iglesia sin disciplina es una iglesia vulnerable, expuesta al desorden, al engaño y a la pérdida de su testimonio. La disciplina no es agradable, pero es necesaria; no es fácil, pero es amorosa; no es deseada, pero es ordenada por Dios.

En todo este proceso, los pastores están llamados a observar los hechos desde la gracia y la verdad, sin sacrificar una en favor de la otra. La verdad sin gracia hiere; la gracia sin verdad engaña. Jesús vino ***“lleno de gracia y de verdad”*** (**Juan 1:14**), y ese debe ser también el espíritu de toda corrección pastoral. Disciplinar conforme al Reino es actuar como Cristo actuaría, con firmeza santa, compasión profunda y un compromiso inquebrantable con la restauración del hermano y la gloria de Dios.

Uno de los grandes desafíos de la disciplina en la iglesia contemporánea no es la ausencia de normas, sino la ausencia de discernimiento espiritual. No todo error requiere el mismo tratamiento, ni toda falta demanda una intervención formal. El Reino de Dios no opera por automatismos, sino por sabiduría espiritual. Por esta razón, un parámetro esencial para disciplinar correctamente es aprender a distinguir entre

debilidad y rebeldía, entre caída y persistencia deliberada, entre ignorancia y resistencia consciente a la verdad.

La Escritura exhorta a los líderes a restaurar con espíritu de mansedumbre, considerándose a sí mismos, no sea que también sean tentados (**Gálatas 6:1**). Este mandato establece un tono claro: la corrección nunca debe ejercerse desde una supuesta superioridad moral, sino desde una profunda conciencia de la propia fragilidad humana.

El pecado que amerita disciplina eclesiástica no es aquel que un creyente confiesa, lamenta y combate, sino aquel que se practica abiertamente, se justifica, se normaliza o se defiende, aun después de haber sido confrontado en amor. La disciplina no está diseñada para perseguir al quebrantado, sino para confrontar al endurecido. En este sentido, la iglesia debe ser un lugar seguro para el arrepentimiento, pero nunca un refugio para la rebelión. El verdadero problema no es la caída, sino la negativa a levantarse.

Aquí se hace indispensable afirmar que la disciplina de Reino jamás debe confundirse con castigo. Castigar busca pagar una culpa; disciplinar busca formar un carácter. El castigo mira hacia el pasado; la disciplina mira hacia el futuro. El castigo se satisface con el dolor; la disciplina se consuma con la restauración. Cuando la iglesia impone “penas” humillantes, silencios relationales o exposiciones públicas innecesarias, deja de actuar como madre espiritual y comienza a comportarse como un tribunal sin redención.

El apóstol Pablo advierte que aun las medidas más severas deben estar acompañadas de un claro propósito espiritual, “*para que el espíritu sea salvo en el día del Señor*” (**1 Corintios 5:5**). Aun la separación extrema tiene como meta final la salvación y la restauración, no la exclusión definitiva.

Otro parámetro fundamental es comprender que la disciplina no se ejerce en abstracto, sino dentro de una relación pastoral real. Ningún líder tiene autoridad espiritual legítima sobre personas a las que no pastorea, no conoce y no cuida. La autoridad espiritual no emana del cargo, sino del vínculo.

Cuando la corrección se ejerce sin relación, se percibe como control; cuando se ejerce dentro del cuidado pastoral, se recibe como amor. Jesús podía confrontar con dureza porque había amado con profundidad. Los pastores están llamados a imitar ese modelo: primero pastorear, luego corregir; primero acompañar, luego confrontar.

En este punto es importante abordar la disciplina de quienes ejercen liderazgo. La Escritura es clara al establecer que los líderes no están exentos de corrección; por el contrario, su responsabilidad es mayor. Pablo instruye a Timoteo que a los ancianos que persisten en pecado se los reprenda en presencia de todos, para que los demás teman (**1 Timoteo 5:20**). Este texto ha sido muchas veces mal utilizado para justificar exposiciones apresuradas o vengativas, cuando en realidad se refiere a un proceso previo

de investigación, testimonio y persistencia en el pecado. El contexto deja claro que no se trata de errores ocasionales ni de acusaciones livianas, sino de una conducta sostenida que compromete el testimonio del liderazgo y daña al cuerpo de Cristo y en tal caso es lógico y sabio actuar con firmeza.

La disciplina pública de un líder no busca humillarlo, sino proteger a la iglesia y preservar la reverencia espiritual. Cuando un líder cae y no es tratado con verdad, toda la congregación aprende que el pecado no tiene consecuencias. Pero cuando un líder es disciplinado con justicia y gracia, la iglesia aprende temor de Dios, no temor a los hombres. Este equilibrio es delicado y requiere madurez espiritual, oración y consejo sabio. Ningún pastor debería disciplinar a un líder en soledad o impulsivamente; la pluralidad de liderazgo y la cobertura espiritual son elementos indispensables para evitar abusos y decisiones carnales.

Otro aspecto esencial es la temporalidad de la disciplina. La corrección no puede convertirse en un estado permanente ni en una identidad impuesta al hermano. Nadie es “el disciplinado”; alguien está atravesando un proceso disciplinario. Cuando la iglesia fija la identidad de una persona en su pecado, traiciona el Evangelio. La disciplina debe tener criterios claros de inicio, acompañamiento y restauración. Cuando hay arrepentimiento genuino, fruto visible y disposición al cambio, prolongar la disciplina deja de ser obediencia y se convierte en dureza del corazón.

En este sentido, la restauración no es un acto simbólico, sino un proceso pastoral serio. Restaurar no significa volver automáticamente a las mismas funciones, sino acompañar al hermano en un camino de sanidad, madurez y reconstrucción de la confianza. La gracia restaura la comunión; la sabiduría pastoral discierne los tiempos y las responsabilidades. Este equilibrio protege tanto al restaurado como a la iglesia.

El testimonio de la iglesia ante el mundo también está profundamente ligado a la manera en que disciplina. Una iglesia que tolera el pecado pierde autoridad moral; una iglesia que humilla a los pecadores pierde credibilidad espiritual. Considerando que David vivió un pacto absolutamente diferente, podemos encontrar que fue confrontado por su pecado no solo por el daño personal causado, sino porque había dado ocasión a que el nombre de Dios fuera blasfemado entre los enemigos (**2 Samuel 12:14**). La disciplina, cuando es ejercida correctamente, honra el nombre de Cristo, demuestra que la iglesia no vive según los estándares del mundo y proclama que la santidad sigue siendo un valor central del Reino.

Finalmente, todo proceso disciplinario debe ser sostenido por la oración, la intercesión y el acompañamiento pastoral continuo. Disciplinar y luego abandonar es una forma de negligencia espiritual. El hermano disciplinado debe saber que no está siendo desechado, sino cuidado de una manera distinta. El Buen Pastor no deja de amar a la oveja herida; la cuida con mayor atención. La disciplina, cuando es

conforme al Reino, no aleja a la iglesia del corazón del Evangelio, sino que la acerca más a él.

La iglesia que disciplina con gracia y verdad se convierte en un espacio de sanidad, no de temor; de transformación, no de control; de santidad viva, no de religiosidad muerta. Allí, la corrección no es una amenaza, sino una expresión del amor de Dios que no renuncia a sus hijos ni a su propósito eterno para ellos.

Toda disciplina que no tenga como referencia última al Buen Pastor corre el riesgo de perder su rumbo. Jesús no solo enseñó sobre la disciplina; Él la encarnó en su manera de tratar a las personas. En los Evangelios no encontramos a un Mesías indiferente frente al pecado, pero tampoco a un Maestro que se complazca en exponer la miseria humana.

Su trato con la mujer sorprendida en adulterio revela este equilibrio perfecto: no justifica el pecado, pero tampoco condena a la persona. ***“Ni yo te condeno; vete y no peques más” (Juan 8:11)***. En esta breve declaración se encuentran los dos pilares de toda disciplina de Reino: gracia que restaura y verdad que transforma. Separar uno del otro es traicionar el corazón de Cristo.

El Buen Pastor disciplina porque conoce a sus ovejas y da su vida por ellas. Su autoridad no es coercitiva, sino sacrificial. Por eso, todo pastor que disciplina debe preguntarse primero si está dispuesto a cargar con el peso del

proceso, a acompañar el dolor, a interceder en secreto y a esperar con paciencia el fruto del arrepentimiento.

Disciplinar no es delegar un problema; es asumir una responsabilidad espiritual delante de Dios. El profeta Ezequiel advierte que el atalaya es responsable no solo de advertir, sino también de hacerlo fielmente (**Ezequiel 33:7 al 9**). El silencio frente al pecado no es misericordia; es negligencia. Pero la corrección sin amor no es fidelidad; es dureza.

Un parámetro ineludible para la disciplina es el discernimiento espiritual. No todo puede resolverse mediante normas escritas o protocolos fijos. Cada caso es una historia, una conciencia, un proceso distinto. La sabiduría que proviene de lo alto es “*primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos*” (**Santiago 3:17**). Esta sabiduría no improvisa, pero tampoco mecaniza. Escucha al Espíritu Santo, examina los frutos, considera los antecedentes y discierne los tiempos. El liderazgo que disciplina sin discernimiento puede ser bíblico en la forma, pero carnal en el espíritu.

En este punto es fundamental recordar que los pastores no son dueños de la iglesia, sino mayordomos del rebaño. La disciplina no es un derecho personal del líder, sino una responsabilidad delegada por Cristo. El apóstol Pedro exhorta a los ancianos a pastorear “*no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo*

*ejemplos del rebaño”* (1 Pedro 5:3). Toda disciplina que nace del enojo, de la frustración o del deseo de control está contaminada en su origen, aunque cite versículos bíblicos. La autoridad espiritual legítima siempre se expresa con humildad, temblor y dependencia de Dios.

El equilibrio entre firmeza y compasión no se aprende en los libros, sino en la intimidad con el Señor. Solo quien ha sido quebrantado por la gracia puede corregir sin destruir. Solo quien ha sido disciplinado por Dios puede disciplinar sin orgullo. Hebreos afirma que la disciplina “*al presente no parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia*” (Hebreos 12:11). Este fruto no es inmediato, ni siempre visible, pero es real. El pastor que disciplina conforme al Reino confía más en la obra del Espíritu Santo que en la eficacia de sus propias medidas.

La disciplina también confronta a la iglesia en su conjunto. Una comunidad que delega toda corrección en el liderazgo y se desentiende del cuidado mutuo no ha comprendido el llamado del Evangelio. Pablo exhorta a los creyentes a exhortarse unos a otros cada día, para que ninguno se endurezca por el engaño del pecado (Hebreos 3:13). La disciplina comienza mucho antes de cualquier proceso formal, en la vida comunitaria, en la exhortación fraternal, en el amor que se atreve a decir la verdad. Cuando la iglesia vive en relaciones auténticas, muchos procesos disciplinarios nunca llegan a etapas extremas.

Al mismo tiempo, es necesario advertir que la disciplina mal ejercida puede producir heridas profundas, distorsionar la imagen de Dios y empujar a muchos al alejamiento definitivo de la fe. Por eso, cada acto disciplinario debe ser acompañado por temor de Dios y por una conciencia clara de que se está tratando con almas por las cuales Cristo murió. Jesús advirtió que sería mejor atarse una piedra al cuello que hacer tropezar a uno de sus pequeños (**Mateo 18:6**). Esta advertencia no busca paralizar al liderazgo, sino purificar sus motivaciones.

La meta final de toda disciplina es la restauración plena a la comunión con Dios y con el cuerpo de Cristo. Cuando un hermano es restaurado, la iglesia no celebra su caída pasada, sino la obra redentora de la gracia. El perdón debe ser real, visible y práctico. Retener el perdón después del arrepentimiento es tan antibíblico como tolerar el pecado sin confrontarlo. La iglesia está llamada a reflejar el corazón del Padre que corre al encuentro del hijo pródigo, no para interrogarlo, sino para abrazarlo y restituirlo a su lugar de hijo (**Lucas 15:20 al 24**).

En definitiva, disciplinar conforme al Reino es un acto de obediencia, de amor y de esperanza. Es creer que la gracia puede más que el pecado, que la verdad puede más que el engaño y que el Espíritu Santo sigue transformando vidas. La iglesia que disciplina con estos parámetros no se convierte en un espacio de miedo, sino en un hogar espiritual donde la santidad y la misericordia caminan juntas.

Que todo pastor que lea estas líneas recuerde que un día dará cuenta al Príncipe de los pastores. Y que al hacerlo, pueda decir que corrigió con lágrimas, restauró con paciencia y pastoreó reflejando, en cada decisión difícil, el corazón del Buen Pastor que no quebró la caña cascada ni apagó el pábilo que humea, sino que condujo a sus ovejas por sendas de justicia por amor de su nombre.

*“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.”*

Gálatas 6:1



## Capítulo cuatro

# PARÁMETROS DE REINO PARA LA ACTIVACIÓN

*“A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.”*

1 Corintios 12:7

Uno de los grandes desafíos de la Iglesia en este tiempo no es la falta de dones, sino la falta de activación. El Reino de Dios no sufre escasez de recursos espirituales; sufre, muchas veces, de estructuras, mentalidades y liderazgos que no saben, o no desean, liberar el potencial que Dios ya ha depositado en Su pueblo. Desde la perspectiva del Reino, una iglesia sana no se mide por cuán central es su pastor, sino por cuán activado está su cuerpo. Donde el Reino gobierna, la vida fluye; donde la vida fluye, los dones se manifiestan; y donde los dones se manifiestan, Cristo es glorificado en la diversidad de Su cuerpo.

Cuando Pablo se refiere a que cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho, no dice “a unos pocos”, ni “a los más visibles”, ni “a los más carismáticos”,

sino a cada uno. Esta afirmación apostólica destruye de raíz toda teología implícita que promueva la existencia de cristianos pasivos, espectadores perpetuos o creyentes reducidos a una dependencia infantil del liderazgo. El diseño de Dios para Su Iglesia nunca fue una pirámide donde unos pocos ministran y el resto observa, sino un cuerpo vivo donde cada miembro, unido a Cristo la Cabeza, aporta según la gracia que ha recibido.

Sin embargo, a lo largo del tiempo, se han instalado modelos pastorales que, lejos de activar, inhiben. No siempre por malicia consciente, sino muchas veces por inseguridad, ego no tratado o una comprensión deficiente de la autoridad espiritual. Hay pastores que, en su afán por preservar un lugar de centralidad, terminan convirtiéndose, sin decirlo, en el cuello del cuerpo, cuando bíblicamente solo Cristo ocupa ese lugar.

Cuando el liderazgo se apropiá de lo que pertenece al cuerpo, la Iglesia deja de crecer en madurez y se acostumbra a la dependencia. Pablo advierte contra esta distorsión cuando enseña que el propósito de los ministerios es “*perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*” (Efesios 4:12). El ministro no reemplaza al cuerpo: lo equipa.

La autoridad pastoral, correctamente entendida, no se debilita cuando otros se levantan; se confirma. El pastor que activa a su gente no pierde protagonismo, gana legitimidad espiritual. La humildad bíblica no es ausencia de autoridad,

sino una forma elevada de ejercerla. Jesús mismo, siendo Señor, activó a otros. No concentró el poder; lo impartió. No monopolizó la manifestación del Reino; la delegó. “***Como me envió el Padre, así también yo os envío***” (**Juan 20:21**). El envío no es simbólico; es funcional. Es transferencia de responsabilidad, autoridad y misión.

El problema aparece cuando se confunde unción con exclusividad. Dios nunca planificó una Iglesia sostenida por “súper ungidos” mientras el resto admira desde lejos. Esa lógica pertenece más al espíritu del espectáculo que al espíritu del Reino. El Nuevo Testamento no celebra estrellas de plataforma, sino siervos fieles. No exalta ministerios inflados, sino cuerpos edificados.

La riqueza de la Iglesia no está en la repetición constante de una sola voz, sino en la armonía de muchas voces sometidas a una misma Cabeza. Pablo lo expresa con una claridad pedagógica cuando dice que el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos, y que ninguno puede decir al otro: “***no te necesito***” (**1 Corintios 12:14 al 21**).

Ahora bien, activar no significa desordenar. El Reino no se expresa en el caos, sino en una diversidad gobernada. No todos deben ocupar la plataforma, pero todos deben ocupar su lugar en el propósito. La activación genuina no empuja a todos al micrófono, sino a cada uno a su llamado. El error opuesto al control pastoral no es la activación, sino el activismo sin discernimiento. Por eso, la tarea pastoral no

consiste en abrir espacios indiscriminados, sino en discernir, acompañar, formar y enviar.

La plataforma en el salón de reunión, es solo una expresión limitada de la vida del Reino; el verdadero campo de manifestación es la vida diaria, la familia, el trabajo, la sociedad. La Iglesia del primer siglo no transformó el mundo desde edificios, sino desde casas, caminos, mercados y plazas. Allí se manifestó el Cristo vivo a través de creyentes activados.

Cuando hablamos de activación, hablamos de llevar a los creyentes hacia la madurez espiritual. Y la madurez no se mide por cuánto saben, sino por cuánto fluyen en obediencia al Espíritu. Descubrir, desarrollar y liberar los dones espirituales es parte esencial del discipulado. No es un programa opcional, es una responsabilidad pastoral.

Pablo exhorta a Timoteo a avivar el don que hay en él (**2 Timoteo 1:6**), dando a entender que los dones pueden estar presentes, pero inactivos. La activación no crea dones; los despierta. Y esto ocurre mediante un proceso espiritual que involucra fe, oración, Palabra, servicio y dependencia del Espíritu Santo.

Buscar a Dios y Su Palabra es siempre el punto de partida. Nadie descubre su lugar en el cuerpo sin permanecer unido a la Cabeza. La comunión con Cristo es la fuente de toda manifestación auténtica. **“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”** (Juan 15:5). La activación sin

permanencia produce ruido; la activación desde la intimidad produce fruto. A partir de esa comunión, el creyente comienza a reconocer las áreas donde la gracia fluye, donde el servicio no se vive como carga, sino como expresión de vida. Dios suele hablar a través de las pasiones santificadas, de las capacidades redimidas, de los deseos alineados con Su propósito.

Sin embargo, los dones no se descubren en la teoría, sino en el servicio. Nadie sabe realmente para qué fue equipado hasta que se dispone a servir. Por eso, una iglesia que desea vivir bajo parámetros de Reino debe crear espacios donde sea posible intentar, equivocarse, aprender y crecer.

La rotación en áreas de servicio, los grupos pequeños, el acompañamiento cercano y el feedback pastoral son herramientas espirituales, no meramente organizativas. En estos entornos, el Espíritu Santo confirma, corrige y direcciona. Donde hay temor al error, no hay activación; donde hay gracia para aprender, hay crecimiento.

(El feedback, o retroalimentación, es el proceso de compartir información sobre el desempeño, comportamiento o resultados de alguien, con el objetivo de mejorar, corregir errores o reforzar puntos fuertes, siendo una herramienta crucial para el aprendizaje y el desarrollo personal y profesional.)

Todo este proceso debe estar profundamente marcado por un enfoque en la misión y no en el ego. Los dones no

existen para la autopromoción, sino para la edificación. No apuntan al engrandecimiento personal, sino a la glorificación de Cristo. Cuando una iglesia pierde este enfoque, los dones se convierten en instrumentos de competencia y comparación. Pero cuando el Reino gobierna, los dones se convierten en herramientas de servicio. Jesús fue claro: “*El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor*” (**Marcos 10:43**). Esta es la lógica invertida del Reino, que todo pastor debe encarnar y enseñar.

La activación verdadera culmina en el reconocimiento y empoderamiento. Cuando un don es identificado y afirmado, la Iglesia debe delegar autoridad con responsabilidad. El reconocimiento público no exalta al individuo; afirma el obrar de Dios. Y la autonomía responsable no rompe la unidad; la fortalece. Un liderazgo seguro no teme soltar, porque sabe que el mismo Espíritu que llamó, sostiene. El pastor que activa no pierde control; gana un cuerpo vivo, funcional y comprometido con la manifestación del Reino.

Como mencioné anteriormente, la activación del pueblo de Dios no es un acto espontáneo ni un evento ocasional, sino un proceso pastoral consciente, sostenido y profundamente relacional. Requiere líderes que no solo sepan enseñar, sino también ver, discernir y acompañar. Allí donde el liderazgo se limita a administrar cultos, la activación se estanca; pero donde el liderazgo camina con la gente, el potencial comienza a emerger. El Reino no se transmite

únicamente desde la plataforma, sino desde la cercanía, desde la vida compartida, desde el ejemplo cotidiano.

En este sentido, el mentoreo no es una estrategia moderna, sino un principio bíblico antiguo. Jesús no formó discípulos desde la distancia, sino caminando con ellos. Pablo no soltó ministerios sin antes invertir su vida en ellos. Y Bernabé aparece en el relato apostólico como una figura clave para comprender la activación con sabiduría espiritual.

Fue Bernabé quien vio en Saulo un potencial que otros temían, y fue él quien lo tomó de la mano y lo presentó a los apóstoles. Más tarde, cuando muchos desconfiaban de Marcos, Bernabé volvió a apostar por el proceso, aun a costa de una diferencia con Pablo. Ese espíritu pastoral que sabe acompañar procesos incompletos es indispensable para una iglesia que desea activar y no descartar.

El mentoreo espiritual implica identificar dones incipientes, aun cuando todavía no están pulidos. Implica soportar errores sin destruir vocaciones. Implica corregir sin humillar y afirmar sin inflar. En una iglesia gobernada por el Reino, fallar no es un delito, sino parte del aprendizaje. El problema no es equivocarse, sino no crecer. Cuando el liderazgo crea una cultura donde el error es castigado con exclusión, la gente aprende a esconder, no a madurar. Pero cuando se crea un ambiente donde la gracia disciplina y la verdad restaura, los dones florecen con mayor pureza.

El apóstol Pablo expresa esta lógica cuando exhorta a los gálatas a restaurar con espíritu de mansedumbre al que ha caído, considerándose a sí mismo, no desde una posición de superioridad, sino de conciencia espiritual (**Gálatas 6:1**). Esta actitud pastoral es clave para la activación. Nadie desarrolla plenamente su llamado en un entorno de temor. El temor paraliza; la gracia activa. Por eso, el liderazgo que desea ver una iglesia viva debe abandonar la necesidad de control absoluto y abrazar la responsabilidad del acompañamiento espiritual.

Ahora bien, este proceso de activación exige un cambio profundo de mentalidad: pasar de una visión de redil a una visión de Reino. El redil es un espacio de cuidado; el Reino es un ámbito de gobierno. El redil protege, pero si se absolutiza, infantiliza. El Reino envía, delega, confía. Muchos modelos eclesiales han confundido protección con encierro, cuidado con control, pastoreo con posesión. Pero la meta del buen pastor no es retener a las ovejas indefinidamente, sino prepararlas para caminar bajo la guía del Espíritu y vivir como embajadores del Reino en el mundo.

Jesús no oró para que Sus discípulos fueran quitados del mundo, sino para que fueran guardados del mal mientras eran enviados a él (**Juan 17:15 al 18**). Esto revela una verdad esencial: la Iglesia no existe para sí misma, sino como instrumento del Reino en la historia. Por lo tanto, la activación no puede limitarse a funciones internas, sino que debe proyectarse hacia la vida diaria.

El creyente activado no es solo el que sirve dentro del templo, sino el que manifiesta a Cristo en su familia, en su trabajo, en su entorno social, en su responsabilidad ciudadana. Allí también operan los dones. Allí también se expresa la gracia. Allí también el Reino avanza.

El apóstol Pedro habla de los creyentes como piedras vivas que están siendo edificadas como casa espiritual, pero inmediatamente los presenta como real sacerdocio, nación santa y pueblo adquirido para anunciar las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a Su luz admirable (**1 Pedro 2:5 al 9**). La edificación interna y la misión externa no se oponen; se complementan. Una iglesia que solo mira hacia adentro se marchita; una iglesia que solo mira hacia afuera sin formación se debilita. El equilibrio del Reino mantiene ambas dimensiones activas.

Por esta razón, los proyectos comunitarios no son actividades secundarias, sino plataformas legítimas de activación espiritual. Cuando un creyente ejerce el don de administración organizando ayuda social, cuando otro manifiesta misericordia sirviendo a los necesitados, cuando alguien con capacidad de enseñanza discipula en contextos informales, el Reino se hace visible más allá de las paredes del templo. Pablo enseña que hay diversidad de dones, diversidad de ministerios y diversidad de operaciones, pero el mismo Dios es el que hace todas las cosas en todos (**1 Corintios 12:4 al 6**). Limitar la expresión de esos dones a un formato litúrgico empobrece el diseño divino.

La capacitación continua también juega un papel fundamental en este proceso. El crecimiento espiritual no anula la necesidad de formación; la profundiza. Un liderazgo sano entiende que equipar no es solo impartir doctrina, sino también brindar herramientas prácticas, tanto espirituales como técnicas, que permitan a los creyentes servir con excelencia. La excelencia no es carnal cuando nace de la honra a Dios. Al contrario, es una expresión de mayordomía. Jesús mismo enseñó a calcular el costo antes de edificar, recordando que el Reino no se construye con improvisación, sino con responsabilidad.

Sin embargo, toda capacitación debe estar anclada en una motivación correcta. El conocimiento sin humildad infla; el conocimiento sometido al Espíritu edifica. Por eso, la activación genuina siempre va acompañada de un llamado constante a examinar el corazón. No se buscan posiciones por ambición personal, sino funciones por obediencia al llamado de Dios. No se persigue visibilidad, sino fidelidad. El Reino no se hereda por auto-postulación, sino por rendición.

***“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte cuando fuere tiempo.”***

1 Pedro 5:6

Cuando la iglesia aprende a vivir bajo estos parámetros, comienza aemerger una comunidad madura, donde el protagonismo individual pierde sentido frente a la manifestación colectiva de Cristo. El liderazgo deja de ser un cuello de botella y se convierte en un catalizador. Los

creyentes dejan de ser consumidores espirituales y se transforman en ministros del Reino. Y el pastor, lejos de sentirse desplazado, experimenta el gozo profundo de ver a sus hijos espirituales caminar en la plenitud del propósito de Dios.

La activación auténtica del pueblo de Dios alcanza su plenitud cuando la Iglesia no solo identifica y desarrolla los dones, sino cuando se atreve a confiar en lo que el Espíritu Santo ha producido en medio de ella. Confiar es un acto espiritual. Delegar no es perder control, sino reconocer que la obra pertenece a Dios y no a los hombres. Allí donde el liderazgo se aferra, el Reino se detiene; allí donde el liderazgo suelta con discernimiento, el Reino se expande. El mismo Espíritu que llama es el que sostiene, y el mismo Señor que edifica Su Iglesia es el que guarda Su obra.

La Escritura muestra que el reconocimiento público del llamado no es una concesión humana, sino una afirmación espiritual. En el libro de los Hechos, la iglesia de Antioquía, ministrando al Señor y ayunando, escuchó la voz del Espíritu que dijo: ***“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”*** (Hechos 13:2). La iglesia no creó el llamado; lo reconoció. Tampoco retuvo a quienes Dios estaba enviando; los soltó. Esta escena revela un principio esencial del Reino: una iglesia madura no teme perder gente, porque sabe que el crecimiento del Reino no se mide por retención, sino por envío.

El reconocimiento del don y del llamado fortalece la identidad espiritual del creyente. Cuando la Iglesia afirma lo que Dios ha depositado en una persona, no la engrandece a ella, sino que honra al Dador. Negar ese reconocimiento, por temor o inseguridad, es apagar el fuego que Dios encendió. Pablo advierte con claridad: “*No apaguéis al Espíritu*” (**1 Tesalonicenses 5:19**). Apagar al Espíritu no siempre ocurre por falsa doctrina; muchas veces ocurre por estructuras rígidas, por liderazgos celosos o por culturas eclesiales que prefieren lo predecible antes que lo vivo.

No obstante, el empoderamiento en el Reino siempre va acompañado de responsabilidad y sujeción espiritual. La autoridad delegada no es independencia absoluta, sino libertad bajo gobierno. El Nuevo Testamento jamás promueve ministerios autónomos desconectados del cuerpo.

Por el contrario, enfatiza la interdependencia. Aun Pablo, con su llamado apostólico, reconocía su vínculo con la Iglesia y con otros líderes. La activación madura no produce individualistas espirituales, sino siervos conscientes de su lugar en el cuerpo. “*Someteos unos a otros en el temor de Dios*” (**Efesios 5:21**) sigue siendo un principio rector del Reino.

Este equilibrio entre libertad y sujeción es uno de los mayores aprendizajes pastorales. Activar sin acompañar produce desvíos; acompañar sin activar produce estancamiento. El liderazgo del Reino aprende a caminar en esa tensión santa, discerniendo tiempos, procesos y

capacidades. No todos avanzan al mismo ritmo, ni todos reciben la misma responsabilidad al mismo tiempo. Jesús mismo habló de la fidelidad en lo poco como antecedenza de lo mucho (**Lucas 16:10**). La activación no es una carrera por visibilidad, sino un proceso de maduración progresiva.

A medida que la Iglesia aprende a vivir bajo estos parámetros, comienza a manifestarse una transformación profunda en la cultura congregacional. La gente deja de preguntarse qué puede recibir y comienza a preguntarse qué puede aportar.

La fe deja de ser pasiva y se vuelve operativa. Los dones dejan de ser conceptos teológicos y se convierten en expresiones vivas del amor de Dios. La Iglesia deja de ser un lugar al que se asiste y se convierte en un cuerpo que se mueve. Y cuando esto ocurre, el Reino se hace tangible.

Este proceso exige que los pastores revisen honestamente sus motivaciones. ¿Estamos formando discípulos o admiradores? ¿Estamos levantando hijos espirituales o creando dependencia? ¿Celebramos más cuando la gente nos necesita o cuando ya no nos necesita porque ha crecido?

Juan el Bautista expresó una de las declaraciones más puras del liderazgo del Reino cuando dijo: “**Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe**” (**Juan 3:30**). Esta no es una frase poética; es un principio pastoral. El liderazgo que no

está dispuesto a menguar jamás podrá ver a Cristo crecer plenamente en Su pueblo.

Una iglesia activada no produce competencia interna, sino complementariedad. No produce protagonismo humano, sino manifestación de Cristo. No genera confusión, sino orden espiritual. Pablo enseña que Dios no es Dios de confusión, sino de paz, y que todo debe hacerse decentemente y con orden (**1 Corintios 14:33, 40**). El orden del Reino no sofoca la vida; la canaliza. No apaga los dones; los dirige. No silencia al cuerpo; lo armoniza.

Finalmente, es necesario afirmar con claridad magisterial que la activación no es un lujo ministerial, sino una responsabilidad pastoral ineludible. Preparar al pueblo para la manifestación del Reino es parte del llamado.

Negar espacios, frenar procesos o concentrar la obra en una sola persona no solo empobrece a la Iglesia, sino que contradice el diseño eterno de Dios. Cristo murió para formar un cuerpo, no un público. Derramó Su Espíritu sobre toda carne, no sobre una élite. Y regresará por una Iglesia madura, activa y llena de Su vida.

Por lo tanto, una Iglesia que vive bajo parámetros de Reino es una Iglesia que activa, que envía, que confía y que gobierna espiritualmente desde la humildad. Es una Iglesia donde el pastor no ocupa el centro, sino que señala al Centro. Donde los dones no compiten, sino que cooperan. Donde la diversidad no divide, sino que enriquece. Y donde cada

creyente, consciente de su llamado, vive para la gloria de Dios y la expansión de Su Reino en la tierra.

*“Pues, así como cada uno de nosotros tiene un solo cuerpo con muchos miembros, y no todos estos miembros desempeñan la misma función, también nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás.”*

Romanos 12:4 y 5



# Capítulo cinco

## **PARÁMETROS DE REINO PARA EL MOVER PROFÉTICO**

*“No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo, retened lo bueno. Absteneos de toda forma de mal.”*

1 Tesalonicenses 5:20-22

La Iglesia del Señor Jesucristo no fue diseñada para caminar a ciegas ni para avanzar guiada por impulsos humanos. Desde su concepción eterna, Dios estableció que Su pueblo viviría bajo Su gobierno, escuchando Su voz y obedeciendo Su dirección. Por esta razón, el mover profético no es un accesorio opcional dentro de la vida de la Iglesia, sino una dimensión inherente a su naturaleza espiritual.

Allí donde el Reino de Dios se manifiesta, la voz del Rey debe ser escuchada, discernida y obedecida con reverencia. Negar lo profético es negar una de las formas mediante las cuales Dios gobierna a Su pueblo; pero permitirlo sin parámetros es abrir la puerta al desorden, al engaño y a profundas heridas espirituales. Es por esto que el

mover profético es una de las cosas que los pastores no deben rechazar, pero deben cuidar celosamente.

La Escritura declara que la Iglesia está edificada **“sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”** (Efesios 2:20). Esta afirmación no es simbólica ni decorativa; es estructural. El fundamento profético no se refiere únicamente a la capacidad de predecir acontecimientos futuros, sino a la función de oír a Dios, transmitir Su corazón y alinear al pueblo con Su voluntad. En este sentido, una Iglesia de Reino no puede prescindir de la dimensión profética sin debilitar su capacidad de discernimiento espiritual. El Reino no es solo doctrina correcta, es también dirección viva.

Desde el Antiguo Testamento hasta la Iglesia primitiva, Dios se reveló como un Dios que habla. **“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”** (Amós 3:7). Esta verdad establece un principio de gobierno: Dios no actúa de manera arbitraria, sino que comunica Su voluntad a aquellos que están dispuestos a oírle. Sin embargo, la misma Escritura muestra que no toda voz espiritual proviene de Dios, ni toda palabra pronunciada en Su nombre tiene Su respaldo. Por eso, el mover profético verdadero siempre estuvo acompañado de temor, responsabilidad y discernimiento.

El problema contemporáneo no es la existencia de lo profético, sino su banalización. En muchos contextos eclesiales, la profecía ha sido reducida a un acto emocional,

a una expresión impulsiva o, peor aún, a una herramienta de manipulación espiritual.

Se profetiza sin haber oído, se actúa sin haber recibido instrucción, se dramatiza sin haber sido enviados. Este desliz no nace del Espíritu, sino del alma humana que desea protagonismo, validación o resultados rápidos. La Escritura es clara al advertir contra los que hablan por su propio corazón: “*No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, más ellos profetizaban*” (*Jeremías 23:21*).

Una Iglesia con parámetros de Reino entiende que el gobierno de Dios no se manifiesta en el ruido, sino en la obediencia. Ser guiados por el Espíritu Santo no significa actuar sin filtro, sino caminar bajo Su dirección con madurez. **Romanos 8:14** afirma que “*todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*”, pero esta guía nunca contradice la Palabra escrita ni el carácter de Cristo. El Espíritu Santo no improvisa, no exagera, no confunde y no compite por atención. Su voz es clara, santa y coherente con la revelación ya dada.

Es necesario afirmar con claridad que el mover profético no es patrimonio exclusivo de una élite espiritual. Dios ha establecido diferentes niveles y expresiones dentro del cuerpo de Cristo. Hay quienes han sido llamados y formados para ejercer el oficio de profeta, con una responsabilidad gubernamental y una sujeción profunda a la autoridad espiritual.

Hay otros que portan un llamado profético que debe manifestarse dentro de la vida local, edificando a la congregación bajo cobertura y orden. También están aquellos que poseen el don de profecía, quienes pueden ser usados por Dios en momentos específicos para exhortar, consolar y edificar, conforme a lo que enseña **1 Corintios 14:3**. Y, finalmente, está la realidad de que todo creyente lleno del Espíritu Santo puede ser instrumento de una palabra o dirección puntual, cuando Dios así lo determina.

Esta diversidad no es confusión; es diseño. El problema surge cuando estas dimensiones se mezclan sin discernimiento o cuando se pretende ocupar un lugar que Dios no ha asignado. El Reino funciona por delegación divina, no por autopropagación. En una Iglesia sana, lo profético no compite con el liderazgo, sino que se somete al gobierno espiritual, entendiendo que “*los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas*” (**1 Corintios 14:32**). La verdadera unción nunca genera independencia, sino responsabilidad.

Cuando se pierde este equilibrio, comienzan los excesos. Actos proféticos realizados sin dirección divina, prácticas simbólicas copiadas sin revelación, elementos utilizados sin mandato del Espíritu. Se derrama aceite, se arroja sal, se clavan objetos, se dramatizan acciones que aparentan profundidad espiritual, pero que carecen de respaldo celestial. El resultado suele ser frustración, desgaste espiritual y una peligrosa confusión doctrinal. No porque Dios no pueda ordenar actos simbólicos, sino porque el

hombre ha decidido reemplazar la voz de Dios con su creatividad religiosa.

El Nuevo Pacto nos recuerda que ya no vivimos por sombras, sino por la sustancia que es Cristo. Él es la revelación plena del Padre, y en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Sin embargo, esto no limita la soberanía de Dios para usar medios si así lo desea.

Jesús utilizó barro para sanar a un ciego, y el profeta Agabo utilizó un cinto para comunicar una advertencia profética (**Juan 9:6; Hechos 21:10 y 11**). Estos ejemplos no nos autorizan a imitar mecánicamente las acciones, sino a comprender el principio: cuando Dios ordena algo, aunque parezca extraño, hay obediencia; cuando Dios no habla, el silencio es sabiduría.

La esencia del Reino no está en los elementos, sino en la obediencia. El peligro no es hacer algo “raro”, sino hacer algo sin haber sido enviado. Allí donde el mover profético se desconecta del temor de Dios, se convierte en una caricatura espiritual que daña la fe del pueblo y desacredita la obra del Espíritu Santo. Por eso, una Iglesia madura no persigue manifestaciones, persigue la voluntad de Dios. No busca lo místico, busca lo espiritual verdadero. No se mueve por emoción, sino por revelación.

En este contexto, permitir lo profético no significa abrir la puerta a todo lo que se diga en nombre de Dios, sino establecer parámetros claros que protejan al cuerpo de Cristo.

El discernimiento no apaga el Espíritu; lo honra. La evaluación bíblica no es incredulidad; es responsabilidad pastoral. Como los creyentes de Berea, la Iglesia debe examinarlo todo a la luz de las Escrituras, reteniendo lo bueno y desecharlo lo que no proviene de Dios (**Hechos 17:11; 1 Tesalonicenses 5:19 al 22**).

Una Iglesia con parámetros de Reino entiende que el mover profético es un regalo precioso, pero también una responsabilidad santa. Allí donde Dios habla, hay vida, dirección y edificación. Pero allí donde el hombre habla sin haber oído, hay confusión, desgaste y daño espiritual. Por eso, el llamado pastoral en este tiempo no es a producir profecías, sino a formar oídos sensibles, corazones obedientes y líderes con temor de Dios. Solo así lo profético ocupará su lugar correcto: no como espectáculo, sino como expresión viva del gobierno del Reino.

Si el fundamento del mover profético es oír a Dios, el orden es el marco que lo preserva. Allí donde la profecía no es gobernada, termina gobernando. Y cuando la profecía gobierna sin haber sido enviada, el resultado no es edificación, sino confusión. Por esta razón, el Espíritu Santo, lejos de promover el desorden, establece principios claros para el funcionamiento de lo profético dentro del cuerpo de Cristo. La Escritura afirma que “**Dios no es Dios de confusión, sino de paz**” (**1 Corintios 14:33**), y esta verdad se aplica de manera directa a toda manifestación espiritual.

Uno de los errores más frecuentes en la Iglesia contemporánea ha sido confundir manifestación con autoridad, y revelación con independencia. El hecho de que Dios pueda usar a una persona de manera profética no la habilita automáticamente para actuar sin sujeción, ni la autoriza a ocupar espacios que no le han sido asignados.

En el Reino de Dios, el poder nunca reemplaza al carácter, y la unción nunca sustituye al gobierno. Por eso, el apóstol Pablo establece con claridad que las profecías deben ser juzgadas, evaluadas y discernidas dentro del contexto comunitario (**1 Corintios 14:29**). Lo profético que no acepta ser examinado revela, por definición, una raíz de soberbia o de engaño.

Es imprescindible que la Iglesia comprenda las distintas expresiones del mover profético para evitar confusiones que dañan al cuerpo. El oficio de profeta no es un título honorífico ni una plataforma ministerial, sino una función gubernamental que implica una vida de profunda consagración, sujeción y responsabilidad espiritual.

El profeta bíblico no vivía de eventos, ni buscaba reconocimiento humano; caminaba bajo una carga espiritual permanente, muchas veces solitaria, siempre sometida a la voluntad de Dios. Cuando el oficio profético se transforma en una agenda de compromisos vanos, pierde su peso espiritual y se convierte en una caricatura del diseño divino. Esto es lo que está sucediendo hoy en día con muchos

profetas, están distraídos en eventos que no deberían ser la base de sus ministerios.

Asimismo, hay hermanos que portan un llamado profético genuino, pero cuya asignación está vinculada a la vida de la iglesia local. Estos no han sido llamados a itinerar ni a exponerse públicamente, sino a edificar desde dentro, bajo cobertura pastoral, contribuyendo al crecimiento espiritual de la congregación. Cuando este llamado es forzado hacia una visibilidad prematura, el daño no solo afecta a la persona, sino también a la Iglesia que la observa. El Reino no promociona talentos; forma siervos.

El don de profecía, por su parte, es una manifestación del Espíritu que puede operar en distintos creyentes conforme a la soberanía de Dios. Su propósito no es dirigir la Iglesia ni establecer doctrina, sino edificar, exhortar y consolar al pueblo de Dios (**1 Corintios 14:3**). Cuando este don es comprendido correctamente, fluye con libertad y sencillez; cuando es exaltado indebidamente, se transforma en una fuente de presión espiritual y confusión. El don nunca debe competir con el liderazgo ni reemplazar la enseñanza de la Palabra.

A esto se suma una realidad innegable: Dios puede usar a cualquier creyente lleno del Espíritu Santo para dar una palabra puntual, una advertencia o una dirección específica. Sin embargo, esta posibilidad no convierte a todos en profetas ni legitima toda expresión espiritual como revelación divina. El mismo Espíritu que habla es el que

llama al orden, a la prudencia y al silencio cuando corresponde. La madurez espiritual se manifiesta no solo en hablar cuando Dios habla, sino en callar cuando Él no ha dicho nada.

Cuando estas distinciones se diluyen, el terreno queda fértil para los excesos. En nombre de lo profético, muchas iglesias han adoptado prácticas que carecen de respaldo bíblico y de fruto espiritual. Actos simbólicos repetidos mecánicamente, objetos utilizados sin dirección divina, dramatizaciones espirituales que apelan más a la emoción que a la fe. El problema no está en el uso de símbolos en sí mismos, sino en su utilización sin mandato. En el Antiguo y Nuevo Testamento, los actos proféticos siempre fueron respuestas específicas a una palabra clara de Dios, no iniciativas humanas en busca de resultados.

La diferencia entre un acto profético legítimo y uno carnal no radica en su apariencia externa, sino en su origen. Lo que nace en el corazón humano puede parecer espiritual, pero no produce transformación. Lo que nace en el Espíritu puede parecer sencillo, pero libera vida. Jesús no sanó siempre de la misma manera, ni utilizó siempre los mismos medios. Sin embargo, en cada acción hubo obediencia perfecta al Padre. Imitar el método sin haber recibido la instrucción es caer en un formalismo peligroso que vacía de poder la obra de Dios.

El riesgo mayor de estos excesos no es solo la falta de resultados, sino la apertura a dimensiones espirituales

equivocadas. Cuando se utilizan elementos simbólicos sin discernimiento, se puede caer en prácticas cercanas al misticismo o, en casos extremos, abrir puertas al engaño espiritual. La Escritura advierte que Satanás se disfraza como ángel de luz, y que no todo lo sobrenatural proviene de Dios. Por eso, la vida de santidad del actor profético es un factor innegociable. No puede haber autoridad espiritual donde hay desorden moral, ni puede haber revelación confiable donde hay pecado tolerado.

El fruto del Espíritu es un indicador infalible del origen de una manifestación espiritual. Donde el Espíritu Santo opera, hay amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio (**Gálatas 5:22 y 23**). Lo profético que produce ansiedad, confusión, dependencia enfermiza o exaltación del hombre no proviene del Espíritu de Dios. El verdadero mover profético siempre conduce a una mayor obediencia a la Palabra, a una vida de santidad y a una profunda reverencia por la presencia de Dios.

La Iglesia debe entender que no toda profecía es direccional ni toda palabra es pública. Hay palabras que son personales, otras congregacionales, y otras que deben ser guardadas en el corazón hasta que Dios confirme su tiempo. El apóstol Pablo exhorta a Timoteo a pelear la buena batalla conforme a las profecías que se hicieron sobre él, pero no a vivir esclavizado a ellas. La profecía acompaña el proceso; no lo reemplaza. El Reino se edifica con obediencia diaria, no con actos extraordinarios aislados.

En este punto, el rol pastoral es determinante. El pastor no está llamado a producir profecías, sino a pastorear al pueblo de Dios con discernimiento, protegiendo la grey de abusos espirituales y guiándola hacia una fe madura. Permitir todo en nombre de la libertad espiritual no es amor; es negligencia. Apagar todo en nombre del orden tampoco lo es. El equilibrio se encuentra en una vida espiritual gobernada por la Palabra, sensible al Espíritu y sometida a la autoridad de Cristo.

Una Iglesia con parámetros de Reino no se impresiona con manifestaciones, sino que discierne frutos. No corre detrás de lo espectacular, sino que camina en obediencia constante. Entiende que el mover profético es una bendición cuando está alineado con el carácter de Dios, y un peligro cuando se separa de Su gobierno. Por eso, establece límites sanos, honra la diversidad de dones y protege la centralidad de Cristo como cabeza de la Iglesia.

El desafío para este tiempo no es producir más profecías, sino formar una Iglesia que sepa discernirlas. No es multiplicar actos simbólicos, sino cultivar corazones obedientes. No es promover voces, sino escuchar la voz de Dios. Solo así lo profético ocupará su lugar correcto: no como un fin en sí mismo, sino como un medio santo mediante el cual el Reino de Dios se manifiesta con verdad, poder y orden.

Cuando el mover profético es comprendido y ejercido bajo el gobierno del Reino, se convierte en una herramienta

poderosa de edificación, dirección y afirmación de la fe. No se trata de una experiencia marginal ni de una manifestación reservada para unos pocos, sino de una expresión viva de la relación entre Dios y Su pueblo. Allí donde Dios habla, el corazón del creyente se alinea, la fe se activa y la obediencia encuentra dirección. Sin embargo, estos beneficios solo se manifiestan cuando lo profético nace en Dios y regresa a Dios por medio de la obediencia, no cuando es manipulado por la carne humana.

Uno de los propósitos centrales del mover profético genuino es confirmar la voluntad de Dios. La profecía bíblica no sustituye la Palabra escrita, sino que la ilumina y la aplica a contextos específicos. Cuando Dios habla de manera profética, no introduce nuevas doctrinas ni verdades paralelas, sino que llama a Su pueblo a caminar conforme a lo que ya ha sido revelado. En este sentido, la profecía fortalece la fe, afirma el camino correcto y trae claridad en tiempos de incertidumbre. No empuja a decisiones apresuradas, sino que confirma procesos que Dios ya está obrando en el corazón del creyente.

Asimismo, el mover profético auténtico puede ser utilizado por Dios para traer libertad espiritual. En la medida en que una palabra o una dirección proviene del Espíritu Santo y es recibida con fe y obediencia, pueden romperse cadenas de opresión, engaño y temor. No porque el acto en sí mismo tenga poder, sino porque la obediencia a la voz de Dios libera la intervención divina. La Escritura enseña que conocer la verdad nos hace libres, y toda manifestación

profética que conduce a la verdad de Cristo produce vida, no dependencia ni esclavitud espiritual.

La edificación de la Iglesia es otro fruto inconfundible de lo profético legítimo. Cuando una palabra es genuina, trae consuelo, exhortación y ánimo, fortaleciendo la unidad del cuerpo y recordando su total dependencia de Dios. La profecía que edifica no divide, no expone innecesariamente, no humilla ni manipula. Por el contrario, apunta a Cristo, glorifica Su nombre y conduce a una vida más comprometida con el Reino. Allí donde lo profético se convierte en un fin en sí mismo, deja de edificar y comienza a desgastar.

No obstante, los peligros asociados al mover profético descuidado son reales y profundamente dañinos. El mayor de ellos es el engaño. La Escritura advierte con claridad sobre los falsos profetas que hablan por su propia imaginación o bajo influencias espirituales que no provienen de Dios. Estos no solo se equivocan; arrastran a otros al error, utilizando el nombre del Señor en vano y comprometiendo la fe de muchos. Cuando una palabra profética no se cumple, no se trata de un simple error humano, sino de una señal de alerta que debe ser tomada con seriedad, tal como lo establece **Deuteronomio 18:22**.

Otro peligro evidente es la exageración y el espectáculo. Cuando lo profético se teatraliza, el foco deja de estar en Dios y se traslada a la persona, al acto o al evento. El uso indiscriminado de elementos simbólicos, sin dirección divina, puede derivar en prácticas que rozan el misticismo o

incluso la hechicería, vaciando de contenido espiritual aquello que aparenta profundidad. La fe genuina no necesita artificios para sostenerse; se afirma en la Palabra y en la obediencia cotidiana. Allí donde lo profético busca impresionar, deja de transformar.

Existe también el riesgo de confundir espiritualidad con misticismo. No todo lo que parece espiritual lo es, y no todo lo que emociona edifica. El mover del Espíritu Santo siempre produce claridad, humildad y reverencia. Cuando una práctica genera confusión, temor irracional o dependencia de personas y rituales, no está operando el Espíritu de Dios. El Reino no se manifiesta a través de fórmulas ocultas, sino mediante una relación viva y obediente con Cristo. El peligro del misticismo es que desplaza la centralidad del Evangelio y sustituye la fe por prácticas vacías.

Por esta razón, una Iglesia con parámetros de Reino establece filtros claros para discernir lo profético. Todo debe ser confrontado con las Escrituras, no para apagar el Espíritu, sino para honrarlo. La Palabra de Dios es el criterio supremo que evalúa toda revelación, toda profecía y todo acto espiritual. Además, lo profético genuino siempre conduce a una mayor obediencia, nunca a la rebeldía ni a la independencia espiritual. Donde hay resistencia a la autoridad, hay un problema de origen.

La vida de santidad de quienes ministran es otro parámetro ineludible. Dios puede usar vasos imperfectos,

pero nunca respalda el pecado ni legitima la desobediencia. La falta de carácter tarde o temprano desvirtúa cualquier manifestación espiritual. El Espíritu Santo no unge el desorden moral ni avala la incoherencia espiritual. Por el contrario, la santidad protege, guarda y preserva la integridad del mover profético, cerrando puertas al engaño y a la contaminación espiritual.

El cumplimiento de las palabras proféticas es también un indicador clave de autenticidad. No toda profecía es predictiva, pero cuando lo es, su cumplimiento confirma su origen. La Escritura no relativiza este principio ni lo adapta a las emociones humanas. Hablar en nombre de Dios es una responsabilidad sagrada que no admite liviandad. Por eso, una Iglesia madura no celebra palabras grandilocuentes, sino frutos visibles y duraderos.

En este punto, la exhortación pastoral es clara y necesaria. Una Iglesia con parámetros de Reino no busca apagar lo profético, pero tampoco lo idolatra. No se mueve por lo raro ni por lo espectacular, sino por la obediencia a la voz de Dios. Si Dios habló, aunque parezca ilógico o incómodo, se obedece con temor y fe. Pero si Dios no habló, no hay nada que inventar, dramatizar o forzar. Reitero que la carne puede producir imitaciones convincentes, pero solo el Espíritu produce vida.

El verdadero anhelo del Reino no es lo místico, sino lo espiritual verdadero. No es la emoción pasajera, sino la transformación permanente. No es la multiplicación de actos

proféticos, sino una Iglesia gobernada por Dios, sensible a Su voz y comprometida con Su voluntad. Allí donde el mover profético se somete al señorío de Cristo, la Iglesia camina segura, madura y firme. Allí donde se desborda sin gobierno, deja heridas profundas y desacredita la obra del Espíritu Santo.

Por eso, el llamado final es a pastorear con discernimiento, a formar líderes con oído espiritual y corazón obediente, y a edificar iglesias que honren la voz de Dios sin reemplazarla por la voz humana. El Reino de Dios no se establece con invenciones espirituales, sino con obediencia fiel. Si lo dijo Dios, se hace. Si no lo dijo, se espera. En ese equilibrio santo se manifiesta la verdadera vida del Reino.

*“Y si invocáis como Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos con temor todo el tiempo de vuestra peregrinación.”*

1 Pedro 1:17



## Capítulo seis

# PARÁMETROS DE REINO PARA LA INTERCESIÓN

*“Oren en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y manténganse atentos, siempre orando por todos los santos.”*

Efesios 6:18

La intercesión, cuando es comprendida desde la perspectiva del Reino de Dios, deja de ser una práctica periférica o una actividad reservada para unos pocos entusiastas espirituales, y se convierte en una expresión madura del amor, la fe y la obediencia del Cuerpo de Cristo.

Interceder no es un acto místico ni una manifestación de poder personal, sino una respuesta responsable al llamado de Dios de ponernos en la brecha por otros, llevando sus cargas delante del Padre con un corazón alineado a Su voluntad. La Escritura enseña que el verdadero valor de la intercesión no reside en la intensidad emocional del que ora, sino en la posición espiritual desde la cual se ora.

Desde el principio, la Biblia revela que Dios busca hombres y mujeres que comprendan el peso espiritual de pararse delante de Él en favor de otros. Sin embargo, también deja en claro que esa función, en su sentido pleno y absoluto, no pudo ser cumplida por ningún ser humano caído. “*Y vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera quien se interpusiese*” (Isaías 59:16).

Esta afirmación no solo describe una ausencia histórica, sino una imposibilidad espiritual: ningún hombre, por justo que pareciera, tenía la capacidad moral y espiritual para mediar entre Dios y la humanidad. La respuesta de Dios a esa carencia no fue levantar un movimiento de intercesores, sino enviar a Su Hijo. Jesucristo es y será por siempre el único intercesor perfecto, el único mediador legítimo entre Dios y los hombres, como lo declara el apóstol Pablo: “*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*” (1 Timoteo 2:5).

Este fundamento es innegociable y debe ser afirmado con claridad en toda enseñanza sobre intercesión. Nadie intercede fuera de Cristo, nadie intercede por mérito propio, nadie se presenta delante del Padre desde una autoridad personal. Toda intercesión genuina es posible únicamente “en Él”, por Su obra redentora, por Su justicia imputada y por Su permanente ministerio sacerdotal a la diestra del Padre. Cuando la Iglesia pierde esta centralidad cristológica, la intercesión se degrada rápidamente en prácticas confusas, excesos emocionales y acciones que no producen fruto espiritual.

Ahora bien, afirmar que Cristo es el único intercesor no anula la responsabilidad de la Iglesia de orar unos por otros. Por el contrario, la establece sobre bases correctas. El creyente no intercede como sustituto de Cristo, sino como miembro de Su cuerpo. Intercede porque está unido a Él, porque participa de Su vida y porque ha sido llamado a cooperar con la obra que Dios está llevando adelante en la tierra. En este sentido, la intercesión es un privilegio, pero también una responsabilidad espiritual que no puede ser ejercida de manera liviana o desordenada.

La Escritura exhorta claramente a la Iglesia a orar por todos. Pablo escribe: “*Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres*” (1 Timoteo 2:1). Este llamado es universal y alcanza a todo creyente. Orar por otros no es una opción, sino una expresión básica del amor cristiano. Sin embargo, la misma experiencia pastoral y el testimonio bíblico muestran que hay hermanos a quienes Dios les concede una carga particular y persistente por la intercesión. No se trata de un título ni de una jerarquía espiritual, sino de una responsabilidad específica que debe ser discernida, acompañada y supervisada por el liderazgo pastoral.

Aquí aparece un punto crucial para una Iglesia que desea vivir bajo parámetros de Reino: la intercesión nunca debe desarrollarse al margen de la autoridad espiritual ni fuera de la cobertura pastoral. Los intercesores no son “francotiradores espirituales”, ni agentes autónomos que actúan según sus propias percepciones. Son servidores del

cuerpo, llamados a operar en orden, en sujeción y en comunión con la visión pastoral. Cuando esto no ocurre, la intercesión deja de edificar y comienza a generar confusión, temor o desgaste innecesario.

La esencia de la intercesión genuina es el amor. El intercesor verdadero no ora para sentirse espiritual, ni para demostrar conocimiento, ni para ejercer control sobre otros. Ora porque ama. Ora porque el dolor ajeno le duele. Ora porque entiende que la voluntad de Dios debe establecerse en la tierra y está dispuesto a cooperar con ella.

Este amor no es sentimentalismo; es el fruto del Espíritu obrando en un corazón rendido. Pablo describe este amor cuando dice que Cristo “**vive siempre para interceder por ellos**” (**Hebreos 7:25**). La intercesión no es un evento ocasional, sino una actitud constante del corazón alineado con Dios.

Junto con el amor, la fe ocupa un lugar central. Interceder es creer que Dios escucha, que Dios responde y que Dios actúa conforme a Su voluntad perfecta. No se ora para convencer a Dios, ni para forzarlo a hacer algo, sino para alinearse con lo que Él ya ha determinado. La fe del intercesor no se apoya en palabras repetidas ni en fórmulas aprendidas, sino en la confianza profunda en el carácter fiel de Dios. Jesús enseñó que el Padre sabe de qué cosas tenemos necesidad antes de que se las pidamos (**Mateo 6:8**), lo cual deja en evidencia que la intercesión no informa a Dios, sino que dispone al creyente a participar de Su obrar.

En este punto es importante aclarar que la intercesión no crea poder espiritual. El poder es de Dios y proviene de Él. La intercesión, correctamente entendida, direcciona ese poder conforme a Su voluntad. Cuando la Iglesia confunde este principio, comienza a atribuir al intercesor un protagonismo que no le corresponde, y poco a poco se instala una espiritualidad centrada en el hombre y no en Dios. El intercesor maduro sabe que su función no es generar resultados, sino obedecer. Los resultados pertenecen al Señor.

Otro elemento esencial de la intercesión bíblica es la persistencia. El profeta Isaías describe a los intercesores como atalayas que no callan ni de día ni de noche, y que no dan reposo a Dios hasta que Él establezca Su propósito (**Isaías 62:6 y 7**). Esta persistencia no es terquedad ni insistencia carnal, sino perseverancia espiritual. Es permanecer delante de Dios con una carga que Él mismo ha impartido, hasta que Su voluntad se manifieste en el tiempo y la forma que Él determine.

Hasta aquí, la intercesión aparece como un ministerio santo, profundo y ordenado. Sin embargo, uno de los mayores problemas que enfrenta la Iglesia actual es la confusión entre intercesión y guerra espiritual. Cuando estas dos dimensiones se mezclan sin discernimiento, se producen prácticas antibíblicas que terminan debilitando a la Iglesia en lugar de fortalecerla. Interceder es hablar con el Padre. La llamada “guerra espiritual”, en su sentido bíblico, tiene que ver con resistir al diablo y enfrentar ataques espirituales bajo

dirección divina, no con reprender indiscriminadamente fuerzas invisibles.

Muchos errores se producen cuando, en medio de una oración dirigida a Dios, se comienza repentinamente a hablarle al diablo, a reprenderlo o a “atarlo”, para luego continuar hablando con Dios como si nada hubiese ocurrido. Esta práctica no tiene respaldo bíblico y revela una profunda confusión espiritual. No se puede dialogar con Dios y con el enemigo al mismo tiempo. La Escritura nunca enseña este tipo de comportamiento espiritual.

Además, es fundamental recordar que Satanás no es omnipresente. Ningún demonio lo es. Reprender “al aire”, sin discernimiento, sin revelación y sin dirección del Espíritu Santo, no es fe, es ignorancia. Pablo enseña que nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra huestes espirituales de maldad que operan en las regiones celestes (**Efesios 6:12**), pero también deja en claro que esa lucha se libra con las armas que Dios provee, en el marco de Su autoridad y bajo Su dirección, no por iniciativa humana y dentro de un salón de reunión.

La victoria sobre el enemigo ya fue obtenida por Jesucristo en la cruz. El creyente no pelea para ganar, sino que resiste desde una victoria ya consumada. Santiago lo expresa con absoluta claridad: “**Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros**” (**Santiago 4:7**). El orden es clave: primero sujeción a Dios, luego resistencia.

Nunca ataque directo, nunca gritos al vacío, nunca acciones basadas en el temor o la imaginación.

Algunos hermanos, no solo reprenden o tratan de atar al enemigo, sino que, además de eso, les ponen unos nombres increíbles que ni siquiera figuran en la Biblia, o que no se sabe quién los proporcionó. Aquí la enseñanza magisterial debe ser firme: el Reino de Dios no se expande por mística, sino por obediencia. No se establece por gritos, sino por verdad. No avanza por exageraciones espirituales, sino por la predicación del evangelio, la santificación de los creyentes y la sumisión a la Palabra de Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia, uno de los peligros más persistentes ha sido ir más allá de lo que Dios ha dicho, aun cuando la intención aparente sea espiritual. Jesús fue extremadamente severo con este tipo de desvíos, advirtiendo que se puede honrar a Dios con los labios mientras el corazón se aleja de la verdad, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Cuando las prácticas espirituales no se ajustan a la Escritura, por más bienintencionadas que parezcan, terminan invalidando el propósito de Dios y debilitando la vida espiritual del pueblo. Esto es particularmente sensible en el área de la intercesión y la llamada guerra espiritual.

La Escritura es clara al establecer que toda verdadera lucha espiritual se libra desde la sujeción a Dios y no desde la exaltación del hombre. El apóstol Santiago no deja margen para interpretaciones alternativas cuando afirma que la clave

no está en atacar al diablo, sino en someterse a Dios y resistirlo al enemigo. Esta resistencia no es ruidosa ni teatral, sino firme, sobria y sostenida en la obediencia. El diablo no huye de los gritos, huye de una vida sometida a la autoridad de Dios. Cuando la Iglesia invierte este orden, termina generando un cristianismo frágil, dependiente de actos externos y carente de verdadera autoridad espiritual.

Uno de los errores más frecuentes en muchos ámbitos cristianos es asumir que toda intercesión debe transformarse automáticamente en confrontación espiritual. Esta idea no solo carece de fundamento bíblico, sino que expone a los creyentes a un desgaste innecesario y a una espiritualidad basada en la emoción más que en la fe. Interceder es presentarse delante del Padre, escuchar Su corazón, discernir Su voluntad y cooperar con ella. No implica, por definición, confrontar fuerzas espirituales. De hecho, en la mayoría de los textos bíblicos donde se describe la oración intercesora, no aparece ningún tipo de diálogo con el enemigo.

El libro de los Hechos resulta particularmente revelador en este sentido. Allí encontramos a la Iglesia primitiva enfrentando un mundo profundamente pagano, idólatra y espiritualmente oprimido. Sin embargo, en todo el relato no se observa a los apóstoles gritando a los aires, atando demonios territoriales ni proclamando guerras espirituales sobre ciudades. Pablo, quien sin duda comprendía la dimensión espiritual del conflicto, nunca recurrió a ese tipo de prácticas. Su estrategia espiritual fue predicar a Cristo, establecer la verdad, formar discípulos y

vivir una vida de santidad y obediencia. Esa fue su forma de enfrentar las tinieblas, y fue tremadamente eficaz.

Esto nos lleva a una afirmación que debe ser enseñada con claridad pastoral: la guerra espiritual más efectiva que la Iglesia libra es el avance del evangelio y la formación de creyentes maduros. Cuando el Reino de Dios se manifiesta en vidas transformadas, el poder de las tinieblas retrocede. Cuando la Palabra de Dios es enseñada con fidelidad, la ignorancia espiritual pierde su dominio. Cuando los creyentes caminan en santidad, el enemigo pierde terreno. Pretender reemplazar estos principios por prácticas espectaculares es, en el mejor de los casos, una distracción; y en el peor, una desviación peligrosa.

Otro extremo igualmente dañino es la obsesión con Satanás y sus supuestas acciones. Hay comunidades cristianas que han desarrollado una cosmovisión espiritual donde todo problema es atribuido directamente a demonios, ignorando la responsabilidad personal, el pecado, la falta de disciplina espiritual o la necesidad de crecimiento en la Palabra. Este enfoque termina robando a la Iglesia su verdadera misión, desviándola de la predicación del evangelio y de la edificación de los santos. Además, genera una espiritualidad centrada en el temor, cuando la Escritura enseña que el perfecto amor echa fuera el temor.

El Reino de Dios no avanza desde el miedo al enemigo, sino desde la confianza en la soberanía de Dios. Satanás no es el protagonista del relato bíblico; lo es Cristo. Cuando la

Iglesia pierde este enfoque, aun sin darse cuenta, comienza a rendirle más atención al diablo que a Dios, lo cual resulta profundamente contradictorio. El creyente no ha sido llamado a vivir reaccionando frente al enemigo, sino respondiendo al llamado de Dios.

En este contexto, la intercesión debe ser protegida de toda forma de exageración doctrinal. Jesús mismo advirtió contra la tendencia humana a agregar exigencias, prácticas o conceptos que Dios no ha establecido. Así como los fariseos llevaron el mandamiento del sábado a un extremo que terminó invalidando su propósito, hoy muchos han llevado la enseñanza sobre la guerra espiritual más allá de lo que está escrito, introduciendo conceptos que no solo no edifican, sino que contradicen la Escritura. Pablo exhorta claramente a no ir más allá de lo que está escrito, estableciendo un principio hermenéutico fundamental para toda doctrina cristiana.

El creyente maduro, y especialmente el pastor, tiene la responsabilidad de examinar toda enseñanza a la luz de la Palabra. Lucas destaca que los creyentes de Berea eran más nobles porque escudriñaban cada día las Escrituras para verificar si lo que se les enseñaba era conforme a la verdad. Este espíritu de discernimiento es indispensable en un tiempo donde abundan las voces, las modas espirituales y las enseñanzas populares. La intercesión no puede ser gobernada por tendencias, sino por la verdad revelada.

Desde una perspectiva pastoral, esto implica una tarea indelegable: formar, cuidar y corregir a los intercesores. Un

equipo de intercesión sin formación bíblica sólida es un riesgo para la congregación. Un equipo sin supervisión pastoral puede convertirse rápidamente en un foco de confusión espiritual. La cobertura no es control, es protección. La autoridad pastoral no sofoca la intercesión, la ordena y la preserva.

La verdadera autoridad espiritual no se manifiesta en el desorden, sino en la obediencia. Dios es un Dios de orden, y Su Espíritu no contradice Su Palabra. Cuando el Espíritu Santo guía una acción específica, esa guía será clara, coherente con la Escritura y producirá fruto. Pero cuando no hay dirección divina, no corresponde inventar acciones espirituales. La fe no actúa por las dudas; actúa por obediencia.

Comprender estos principios lleva inevitablemente a una conclusión pastoral profunda: vivir bajo parámetros de Reino es hacer la voluntad de Dios tal como Él la ha revelado. La intercesión, lejos de ser una práctica mística o desordenada, es una expresión elevada de comunión con el Padre y de cooperación consciente con Su propósito eterno. No se trata de hacer mucho ruido espiritual, sino de caminar con sensibilidad, discernimiento y obediencia.

La Iglesia no puede permitirse ignorar las batallas espirituales reales, pero tampoco puede caer en la trampa de inventarlas. Hay momentos en los que Dios, por medio de Su Espíritu, guía a la Iglesia a enfrentar situaciones específicas que requieren una respuesta espiritual particular. En esos

casos, la obediencia es indispensable. Sin embargo, cuando Dios no habla, el silencio reverente también es una forma de obediencia. Inventar batallas, suponer enemigos invisibles sin discernimiento o actuar desde la imaginación espiritual no es fe; es presunción.

La ilustración de una nación que hace guerra resulta sumamente clara. Ningún ejército responsable lanza misiles al aire esperando que alguno alcance un objetivo desconocido. Toda acción militar requiere inteligencia, estrategia, objetivos definidos y autoridad legítima. De la misma manera, la Iglesia no puede actuar espiritualmente de forma irresponsable, disparando palabras al vacío y llamando a eso guerra espiritual. Dios no nos ha dado un espíritu de confusión, sino de poder, de amor y de dominio propio.

La intercesión madura se caracteriza por la sobriedad espiritual. El intercesor verdaderamente espiritual no necesita gritar para sentirse escuchado, ni dramatizar para creer que algo está sucediendo. Sabe que Dios escucha el clamor sincero del corazón, aun cuando es expresado en silencio. Sabe que el poder de Dios no se activa por volumen, sino por obediencia. Sabe que la autoridad espiritual no se exhibe, se ejerce en lo secreto.

En este sentido, la intercesión es un ministerio profundamente sacrificial. Implica cargar con dolores ajenos, perseverar cuando no se ven resultados inmediatos y mantenerse fiel aun cuando nadie ve ni reconoce el esfuerzo. No es un ministerio de plataformas ni de aplausos. Es un

servicio silencioso que sostiene espiritualmente a la Iglesia, a los pastores y a la obra de Dios en la tierra. Por eso mismo, debe ser cuidado, honrado y protegido de toda distorsión.

Los pastores que trabajan bajo cobertura deben comprender que una intercesión sana es una aliada poderosa del liderazgo espiritual. Cuando está ordenada, alineada y correctamente enseñada, fortalece la visión pastoral, sostiene a los líderes y crea un ambiente espiritual propicio para el avance del Reino. Pero cuando está desordenada, mal enseñada o sin supervisión, puede convertirse en una fuente de división, temor y desgaste.

Por esta razón, es fundamental que la intercesión sea constantemente afirmada en la centralidad de Cristo. Él es el intercesor eterno, el sacerdote fiel, el abogado delante del Padre. Todo lo que la Iglesia hace, lo hace en Él, por Él y para Él. Separar la intercesión de Cristo es vaciarla de su poder y de su sentido. Permanecer en Cristo es la garantía de que nuestra oración será conforme a la voluntad de Dios.

Finalmente, una Iglesia que desea vivir Reino debe abrazar una espiritualidad madura, bíblica y responsable. El Reino de Dios no se expande por técnicas espirituales, ni por misticismo, ni por imitaciones de prácticas ajena a la Escritura. Se expande cuando la Iglesia camina en verdad, cuando los creyentes son formados en la Palabra, cuando la intercesión se ejerce con amor, fe y obediencia, y cuando toda acción espiritual nace de la dirección del Espíritu Santo y no de la imaginación humana.

La intercesión, bajo parámetros de Reino, es una de las herramientas más poderosas que Dios ha confiado a Su Iglesia. Bien entendida, produce fruto eterno. Mal enseñada, genera confusión. Que este llamado pastoral sea escuchado con humildad y responsabilidad, para que la Iglesia se levante no como un pueblo ruidoso, sino como un pueblo obediente; no como un ejército desordenado, sino como un cuerpo bien coordinado; no como imitadores de modas espirituales, sino como verdaderos colaboradores del Reino de Dios en la tierra.

***“Por lo demás, hermanos, oren por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, tal como sucedió entre ustedes.”***

2 Tesalonicenses 3:1



## Capítulo siete

# **PARÁMETROS DE REINO ANTE LAS FIESTAS JUDÍAS**

*“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecos engaños, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo.”*

Colosenses 2:8

La Iglesia de Jesucristo atraviesa en este tiempo un momento decisivo en cuanto a su identidad, su doctrina y su práctica espiritual. En medio de un escenario global marcado por la sobreinformación, el sincretismo religioso y la búsqueda constante de experiencias trascendentales, muchos creyentes y líderes han comenzado a mirar hacia atrás, intentando encontrar en las raíces hebreas del cristianismo una profundidad que, según perciben, se ha debilitado en la vida devocional contemporánea. Este fenómeno, aunque comprensible en su motivación, requiere un discernimiento pastoral y teológico profundo, porque no todo lo antiguo es automáticamente edificante, ni todo lo bíblico es necesariamente vinculante para la Iglesia del Nuevo Pacto.

Desde una perspectiva de Reino, es imprescindible afirmar que Dios es un Dios de historia, de proceso y de revelación progresiva. Las festividades bíblicas instituidas en el Antiguo Testamento no surgieron como tradiciones culturales humanas, sino como actos soberanos de Dios dentro de un pacto específico, dirigido a un pueblo concreto y enmarcado en una economía espiritual determinada. ***“Estas son las fiestas solemnes de Jehová, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos”*** (Levítico 23:4). Este texto deja en claro que las fiestas pertenecían al diseño de Dios para Israel, y que estaban profundamente ligadas a la ley mosaica, al sistema sacrificial, al sacerdocio levítico y a la vida nacional del pueblo hebreo.

Sin embargo, la revelación bíblica no se detiene en el Sinaí. La Escritura avanza hacia su clímax en la persona y obra de Jesucristo. Todo lo que fue dado anteriormente encuentra en Él su sentido pleno. Jesús mismo afirmó que no había venido a abrogar la ley ni los profetas, sino a cumplirlos (**Mateo 5:17**). Esta declaración es fundamental para comprender el lugar correcto de las festividades bíblicas en la vida de la Iglesia. Cumplir no significa repetir, ni perpetuar el rito, sino llevarlo a su propósito final. Aquello que fue sombra encuentra su realidad; aquello que fue figura encuentra su sustancia.

El apóstol Pablo, escribiendo a la iglesia de Colosas, advierte con claridad pastoral y autoridad apostólica: ***“Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo; todo lo cual es***

*sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”* (**Colosenses 2:16 y 17**). Aquí se establece un principio doctrinal innegociable para la Iglesia del Nuevo Pacto: las festividades, los días señalados y los rituales pertenecen al ámbito de las sombras, mientras que Cristo es la realidad sustancial. Volver a las sombras cuando se vive en la realidad no es profundidad espiritual, sino una regresión doctrinal.

Esto no implica desprecio por la historia bíblica ni rechazo de las raíces judías de la fe cristiana. Muy por el contrario, comprender las festividades como Pascua, Panes sin Levadura, Primicias, Pentecostés, Trompetas, Expiación y Tabernáculos, en su contexto histórico y profético, enriquece enormemente la comprensión del plan redentor de Dios.

La Pascua revela a Cristo como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo (**1 Corintios 5:7**). Los Panes sin Levadura señalan una vida sin pecado, limpia de corrupción. Las Primicias anuncian la resurrección gloriosa de Cristo como el primero de muchos (**1 Corintios 15:20**). Pentecostés encuentra su cumplimiento en el derramamiento del Espíritu Santo sobre la Iglesia (**Hechos 2:1 al 4**). Las fiestas posteriores apuntan proféticamente a la consumación de los tiempos y al regreso glorioso del Señor. Todo converge en Cristo; nada se sostiene fuera de Él.

El problema pastoral surge cuando aquello que fue dado para enseñar se transforma en algo que se pretende practicar como si fuera normativo. Aquí es donde la

conciencia del creyente comienza a ser afectada. Pablo advierte con firmeza que someter nuevamente al creyente a ordenanzas externas es desconocer la suficiencia de la obra de Cristo. *“Pues si habéis muerto con Cristo a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos?”* (Colosenses 2:20). La práctica ritual, cuando se impone o se presenta como un nivel superior de espiritualidad, desplaza la fe de la cruz hacia la observancia externa.

El Nuevo Testamento es notablemente sobrio en cuanto a prácticas litúrgicas obligatorias. Jesús estableció el bautismo como señal de identificación con Su muerte y resurrección (**Mateo 28:19; Romanos 6:3 y 4**), y la Cena del Señor como memorial vivo de Su sacrificio hasta que Él venga (**1 Corintios 11:23 al 26**). No instituyó calendarios festivos, ni vestimentas, ni instrumentos específicos, ni celebraciones rituales vinculadas a fechas determinadas. La vida cristiana no se organiza en torno a tiempos sagrados, porque todo el tiempo ha sido redimido en Cristo. *“Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él”* (**Salmo 118:24**) deja de ser una fecha puntual para convertirse en una realidad permanente.

En este punto, es necesario ejercer un liderazgo pastoral firme y amoroso. Enseñar sobre las festividades bíblicas es una herramienta pedagógica valiosa; practicarlas como rituales espirituales es otra cosa muy distinta. Introducir vestimentas judías, instrumentos específicos, música ritual o elementos simbólicos propios del judaísmo

puede generar confusión doctrinal y fomentar una espiritualidad dependiente de lo externo. La Escritura es clara al afirmar que el Reino de Dios no consiste en comida ni en bebida, sino en justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (**Romanos 14:17**). El Reino no se manifiesta por medio de símbolos, sino por medio de una vida rendida a Cristo.

La Iglesia no es Israel ni reemplaza a Israel. Tampoco es una extensión del judaísmo. Es el pueblo adquirido por Dios mediante la sangre de Cristo, una nación santa, un real sacerdocio (**1 Pedro 2:9**). Nuestra identidad no se construye por imitación cultural ni por apropiación ritual, sino por unión espiritual con Cristo. En Él estamos completos (**Colosenses 2:10**). Todo intento de añadir prácticas como requisito de plenitud espiritual es, en esencia, una negación práctica de esta verdad.

La verdadera madurez espiritual no se alcanza observando festividades, sino permaneciendo en Cristo. “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es*” (**2 Corintios 5:17**). La vida del Reino se vive desde dentro hacia afuera, no desde el calendario hacia el corazón. El pastor que comprende esto protegerá a la Iglesia de cargas innecesarias y la afirmará en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Uno de los aspectos más delicados en la conducción pastoral de la Iglesia es el cuidado de la conciencia del creyente. La conciencia no es simplemente una facultad psicológica; es un espacio espiritual donde la verdad del Evangelio debe gobernar con libertad y claridad. El apóstol

Pablo dedica gran parte de su enseñanza a proteger este ámbito, advirtiendo que una conciencia mal instruida o cargada con exigencias externas puede convertirse en un terreno fértil para la esclavitud religiosa. Cuando las festividades bíblicas dejan de ser un recurso didáctico y pasan a ser presentadas como prácticas espirituales necesarias, el daño no siempre es inmediato, pero sí profundo y progresivo.

La Escritura afirma que “*para libertad fue que Cristo nos hizo libres*” (**Gálatas 5:1**). Esta libertad no es libertinaje ni superficialidad espiritual, sino la liberación de toda estructura que pretenda añadir requisitos a la obra perfecta de la cruz. Cada vez que se introduce una práctica como condición de mayor unción, mayor revelación o mayor cercanía con Dios, se está alterando el núcleo del Evangelio, aun cuando la intención sea buena.

Pablo advierte con severidad a los gálatas porque habían comenzado a observar días, meses, tiempos y años, creyendo que eso los perfeccionaría espiritualmente. Su reacción no fue de aprobación, sino de alarma pastoral: “*Temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros*” (**Gálatas 4:10 y 11**).

Este principio sigue siendo plenamente vigente. La Iglesia contemporánea, en su búsqueda de profundidad, corre el riesgo de repetir errores antiguos con un lenguaje nuevo. La adopción de festividades judías, elementos rituales, expresiones culturales hebreas y prácticas simbólicas,

cuando no están correctamente contextualizadas, puede generar una espiritualidad basada en la observancia y no en la fe. El creyente comienza a medir su relación con Dios por lo que hace, por lo que celebra, por lo que guarda, y no por lo que Cristo ya hizo de una vez y para siempre.

El autor de la carta a los Hebreos desarrolla esta verdad con una claridad contundente al afirmar que la ley, con sus ritos y ceremonias, “*teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan*” (Hebreos 10:1). La perfección espiritual no se alcanza por repetición ritual, sino por una relación viva con Cristo. El Nuevo Pacto no opera por aproximaciones simbólicas, sino por una comunión real y permanente con el Hijo de Dios.

Aquí es necesario hacer una distinción fundamental que todo pastor debe comprender y enseñar con claridad: una cosa es la enseñanza revelacional y otra muy distinta es la práctica espiritual normativa. Enseñar sobre Yom Kippur puede profundizar la comprensión del sacrificio expiatorio de Cristo. Enseñar sobre Sukkot puede enriquecer la visión escatológica del Reino y del tabernáculo eterno de Dios con los hombres. Pero practicar estas festividades como actos litúrgicos, reproducir sus rituales o incorporar sus símbolos como parte de la vida espiritual de la Iglesia, puede forjar una conciencia que comienza a mirar hacia la ley en lugar de permanecer anclada en la gracia.

La Escritura declara que Cristo es nuestra Pascua (**1 Corintios 5:7**), no que celebramos la Pascua. Afirma que Él es la primicia de los que durmieron (**1 Corintios 15:20**), no que buscamos nuevas primicias. Proclama que en Él tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados (**Efesios 1:7**), no que necesitamos volver a rituales de expiación. Todo lo que las fiestas señalaban, Cristo lo cumplió plenamente. Vivimos en la realidad consumada, no en la anticipación simbólica.

Desde una perspectiva de Reino, es vital comprender que la Iglesia no necesita recuperar prácticas del Antiguo Pacto para ser espiritual, profética o poderosa. El Reino de Dios se manifiesta por la presencia activa del Espíritu Santo, no por la restauración de símbolos antiguos.

Jesús fue categórico al declarar que llegaba la hora en que los verdaderos adoradores no adorarían ni en este monte ni en Jerusalén, sino en espíritu y en verdad (**Juan 4:21 al 24**). Esta afirmación desmantela toda espiritualidad centrada en lugares, tiempos o rituales específicos, y establece una adoración continua, viva y relacional.

El peligro de la judaización contemporánea no siempre se presenta de manera explícita. A menudo se introduce de forma sutil, envuelta en un lenguaje de revelación profunda, de raíces originales o de restauración apostólica. Sin embargo, el resultado suele ser el mismo: una Iglesia que comienza a depender de elementos externos para sentirse conectada con Dios.

Pablo advierte que estas prácticas “*tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne*” (**Colosenses 2:23**). La apariencia de profundidad no garantiza transformación espiritual.

La responsabilidad magisterial del pastor en este contexto es enorme. El pastor no solo enseña contenidos; forma conciencias, modela prioridades y define el marco doctrinal dentro del cual la Iglesia vive su fe. Introducir prácticas sin una base clara en el Nuevo Testamento, o permitir que se instalen como expresiones espirituales superiores, puede abrir la puerta a la confusión y a la división. **Romanos 14** enseña que los asuntos de días y comidas no deben convertirse en criterios de espiritualidad ni de juicio dentro del cuerpo de Cristo. El Reino no se edifica sobre estas cosas.

La Iglesia es llamada a vivir una espiritualidad sencilla, pero profunda; libre, pero comprometida; cristocéntrica, pero plenamente bíblica. Nuestra identidad no se fortalece mirando hacia atrás, sino permaneciendo en Aquel que es el autor y consumador de la fe (**Hebreos 12:2**). Todo lo que nos aleje de esta centralidad, aunque tenga apariencia bíblica, debe ser revisado a la luz de la cruz.

El pastor que entiende esto no prohibirá el estudio, ni limitará la enseñanza, pero sí establecerá parámetros claros. Enseñar no es imponer. Revelar no es obligar. Edificar no es

cargar. El liderazgo de Reino no busca añadir prácticas, sino afirmar verdades. No busca multiplicar rituales, sino profundizar la comunión con Cristo.

La plenitud de la vida cristiana no se alcanza por acumulación de prácticas, sino por una revelación cada vez más profunda de Cristo. Esta verdad, sencilla en su formulación pero radical en sus implicancias, debe gobernar toda enseñanza pastoral relacionada con las festividades bíblicas. El Nuevo Pacto no nos invita a reconstruir estructuras antiguas, sino a habitar una realidad nueva. **“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16)**. La Iglesia no vive de añadidos espirituales, sino de una fuente inagotable que es Cristo mismo.

Cuando el apóstol Pablo afirma que en Cristo **“habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”** y que en Él estamos completos (**Colosenses 2:9 y 10**), establece un fundamento doctrinal que no admite complementos. Si estamos completos en Él, nada puede ser agregado sin distorsionar el Evangelio. La práctica de festividades del Antiguo Pacto, aun con buenas intenciones, puede insinuar que algo falta, que algo debe ser recuperado, que algo debe ser restaurado fuera de Cristo. Esta insinuación, aunque sutil, erosiona la suficiencia de la cruz y desplaza el centro de la fe.

La vida del Reino no se define por ciclos litúrgicos, sino por una relación viva y permanente con el Rey. El

creyente del Nuevo Pacto no necesita fechas especiales para acercarse a Dios, porque vive continuamente delante de Su presencia. ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”*** (**Hebreos 4:16**) no es una invitación ocasional, sino una condición permanente. Todo el tiempo ha sido redimido, todo el espacio ha sido santificado y toda la vida ha sido consagrada en Cristo.

Esto no significa ignorar el valor pedagógico de las festividades bíblicas ni despreciar la riqueza simbólica y espiritual contenida en ellas. Significa, más bien, colocarlas en su lugar correcto dentro de la revelación progresiva de Dios. Las fiestas enseñan, Cristo gobierna. Las fiestas señalan, Cristo cumple. Las fiestas anticipan, Cristo manifiesta. La Iglesia honra la Escritura cuando comprende el propósito de cada cosa y evita absolutizar aquello que fue transitorio.

El peligro pastoral no reside solamente en la práctica explícita de las festividades, sino en el espíritu que se forma alrededor de ellas. Cuando se introduce un lenguaje de superioridad espiritual, de revelación exclusiva o de niveles más altos de entendimiento asociados a la observancia de ciertas prácticas, se comienza a edificar una espiritualidad elitista que divide el cuerpo de Cristo.

Pablo exhorta a los creyentes a no dejarse cautivar por filosofías y huecas sutilezas, según tradiciones de hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo (**Colosenses 2:8**). Toda enseñanza que no conduzca a una

dependencia más profunda de Cristo debe ser examinada con discernimiento pastoral.

La Iglesia no necesita vestirse como judía para honrar a Dios, porque ya ha sido revestida de Cristo (**Gálatas 3:27**). No necesita instrumentos específicos para adorar, porque el Padre busca adoradores que lo hagan en espíritu y en verdad. No necesita calendarios sagrados para vivir en santidad, porque ha sido llamada a ofrecer su cuerpo en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios cada día (**Romanos 12:1**). La espiritualidad del Nuevo Pacto no es imitativa ni restauracionista; es revelacional y basada en una verdadera comunión con Dios.

En este sentido, el liderazgo pastoral debe ejercer una función claramente magisterial. El pastor no es un animador de tendencias espirituales ni un reproductor de modas proféticas. Es un guardián de la verdad, un formador de conciencia y un administrador fiel del misterio de Cristo. Establecer parámetros claros respecto de las festividades bíblicas no es una postura rígida, sino un acto de amor pastoral. Protege a la Iglesia de la confusión, preserva la centralidad del Evangelio y afirma la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

La Escritura exhorta a los líderes a cuidar del rebaño, no como teniendo señorío sobre los que están a su cuidado, sino siendo ejemplos del rebaño (**1 Pedro 5:2 y 3**). Enseñar correctamente sobre las festividades implica modelar una espiritualidad centrada en Cristo, donde la revelación no

conduce a la carga, sino a la adoración; donde el conocimiento no produce orgullo, sino humildad; y donde la libertad no se transforma en libertinaje ni en legalismo.

La Iglesia del Reino es llamada a vivir desde la cruz hacia la gloria, no desde la ley hacia la cruz. Vivimos en el tiempo del cumplimiento, no de la expectativa ritual. El Espíritu Santo ha sido derramado, el sacrificio ha sido consumado, el velo ha sido rasgado y el acceso ha sido abierto. **“Consumado es” (Juan 19:30)** no es solo una declaración histórica, sino una realidad espiritual permanente que define nuestra fe, nuestra práctica y nuestra esperanza.

Por lo tanto, todo lo que la Iglesia enseña y practica debe conducir a una afirmación más profunda de esta verdad. Las festividades bíblicas pueden ser explicadas, estudiadas y apreciadas como parte del diseño revelacional de Dios, pero no deben ser reproducidas como prácticas espirituales normativas. Cristo es nuestra Pascua, nuestra Expiación, nuestro Tabernáculo, nuestra Primicia y nuestro Reposo. En Él tenemos todo lo que necesitamos para la vida y la piedad (**2 Pedro 1:3**).

El llamado pastoral final es claro: guardemos la sencillez del Evangelio sin perder su profundidad. Enseñemos con rigor bíblico, gobernemos con discernimiento espiritual y vivamos con una devoción absoluta a Cristo. El Reino de Dios no se edifica sobre sombras, sino sobre la Roca incombustible que es Jesucristo. En Él estamos completos, y fuera de Él no necesitamos nada.

*“Porque toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo; y en él, que es la cabeza de todo poder y autoridad, ustedes han recibido esa plenitud.”*

Colosenses 2:9 y 10 NVI



# Capítulo ocho

## **PARÁMETROS DE REINO PARA LAS DANZAS**

*“Alaben su nombre con danza;  
Con pandero y arpa a él canten.”*  
Salmos 149:3

La inclusión de este tema en el manual pastoral no responde a que considere esta actividad como absolutamente indispensable en la Iglesia. Los pastores tienen libertad, no obligación, de incorporar grupos de panderos y danzas en las reuniones de culto. Algunos lo valoran, otros no; pero dado que en los últimos tiempos esta práctica se ha extendido, me pareció oportuno ofrecer ciertos parámetros que considero necesarios.

La adoración que Dios demanda nunca fue limitada a una expresión única ni reducida a una forma estandarizada. Desde el principio, la Escritura presenta al ser humano como un adorador integral, llamado a glorificar a Dios con todo su ser: espíritu, alma y cuerpo. La alabanza bíblica no es meramente verbal ni exclusivamente musical; es una

respuesta total del hombre redimido ante la grandeza, la fidelidad y la victoria del Señor. En este marco, la danza y el pandero aparecen en la Palabra no como concesiones culturales accidentales, sino como expresiones legítimas de gozo, celebración y proclamación espiritual.

El salmista exhorta: “*Alábenle con pandero y danza; alábenle con cuerdas y flautas*” (**Salmo 150:4**). Este llamado no se presenta como una metáfora poética aislada, sino como parte de una convocatoria universal a todo lo que respira para que alabe a Dios. La Escritura no se opone a las expresiones corporales para la adoración, nunca presenta el movimiento del cuerpo como incompatible con la adoración verdadera. Por el contrario, el cuerpo es incorporado como instrumento de glorificación, tal como el apóstol Pablo enseña cuando exhorta a presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, como culto racional (**Romanos 12:1**).

La danza, en su expresión bíblica, surge como una manifestación externa de una realidad interna. No nace del deseo de exhibición, sino de la irrupción del gozo de Dios en el corazón del adorador. Cuando el salmista declara: “*Has cambiado mi lamento en baile; desataste mi cilicio y me ceñiste de alegría*” (**Salmo 30:11**), está describiendo una transformación espiritual profunda que encuentra una expresión visible. La danza no produce la victoria; la danza celebra la victoria que Dios ya ha concedido. No genera redención; anuncia que la redención ha sido experimentada.

En la historia del pueblo de Dios, el pandero y la danza aparecen asociados a momentos de liberación, triunfo y afirmación de la soberanía divina. Después del cruce del Mar Rojo, María la profetisa tomó el pandero y salió con las mujeres a danzar, proclamando la victoria del Señor sobre los enemigos de Israel (**Éxodo 15:20 y 21**). Allí no encontramos una coreografía organizada ni una estructura ritual, sino una explosión espontánea de adoración que brota de un pueblo que ha sido salvado por la poderosa mano de Dios. La danza surge como lenguaje del alma cuando las palabras ya no alcanzan.

Es importante afirmar con claridad que la Biblia valida estas expresiones, pero no las convierte en ordenanzas ni en instituciones obligatorias. La Escritura describe, permite y celebra la danza, pero no la regula como un ministerio formal con estructuras normativas. Este punto es esencial para establecer parámetros de Reino sanos. El Reino de Dios no se edifica añadiendo mandamientos donde Dios no los ha establecido, ni institucionalizando expresiones que el Espíritu dejó deliberadamente libres.

Cuando la adoración corporal se transforma en un sistema rígido, pierde su esencia. Cuando se la rodea de explicaciones místicas no fundamentadas en la Palabra, se corre el riesgo de desplazar la centralidad de Cristo para poner el énfasis en la técnica, el simbolismo o la estética.

El profeta Isaías advierte sobre una adoración que honra a Dios con los labios, pero cuyo corazón está lejos de

Él, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres (**Isaías 29:13**). Este principio es plenamente aplicable cuando se construyen enseñanzas doctrinales a partir de interpretaciones subjetivas de colores, movimientos o elementos visuales, sin respaldo bíblico explícito.

La Biblia, ciertamente, está llena de figuras, símbolos y lenguajes poéticos. Sin embargo, no todo símbolo es normativo ni toda figura es doctrinal. Existe una diferencia fundamental entre una aplicación devocional y una enseñanza obligatoria. Cuando se asigna a determinados colores, banderas o movimientos un valor espiritual absoluto, se ingresa en un terreno peligroso, donde la imaginación humana comienza a ocupar el lugar de la revelación divina. El apóstol Pablo exhorta a no ir más allá de lo que está escrito, para que ninguno se envanezca a favor de uno contra otro (**1 Corintios 4:6**). Este principio protege a la Iglesia de caer en espiritualizaciones excesivas que terminan generando confusión, división o falsas expectativas.

La danza bíblica tampoco puede desligarse de la obra del Espíritu Santo. El gozo que se expresa corporalmente no es un producto emocional ni una respuesta inducida por estímulos externos, sino el fruto de la presencia de Dios. El profeta Sofonías declara que el Señor se gozará sobre su pueblo con alegría y cantará sobre él (**Sofonías 3:17**). Esta imagen revela un Dios que no es indiferente ni distante, sino que se deleita en su pueblo redimido. La danza, cuando es genuina, es una respuesta a ese gozo divino, no una actuación para provocar emociones humanas.

Por esta razón, toda expresión de danza en la iglesia debe ser discernida espiritualmente. No todo movimiento es adoración, ni toda expresión corporal es espiritual. Jesús mismo advirtió que Dios busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad (**Juan 4:23**). La verdad regula la expresión, y el Espíritu da vida a la forma. Cuando una danza deja de estar conectada con la verdad bíblica y la guía del Espíritu, se vacía de contenido espiritual, aunque conserve una apariencia piadosa.

Al mismo tiempo, es necesario evitar el extremo opuesto: el rechazo de toda expresión corporal por temor al desorden o al abuso. La solución bíblica no es la prohibición, sino el discernimiento. El Reino de Dios no se caracteriza por la rigidez religiosa, sino por la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo (**Romanos 14:17**). Donde el Espíritu gobierna, hay libertad; pero esa libertad nunca se opone a la santidad ni al orden divino.

La adoración auténtica no busca protagonismo humano. Juan el Bautista expresó un principio eterno cuando declaró: “*Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe*” (**Juan 3:30**). Este espíritu debe gobernar toda forma de servicio en la iglesia, incluida la danza. Cuando la atención se desplaza del Señor hacia el adorador, cuando la estética eclipsa la presencia de Dios, o cuando la expresión corporal se convierte en un medio de competencia, comparación o vanagloria, la adoración pierde su esencia y se transforma en espectáculo.

En este punto, el rol pastoral es fundamental. El pastor no está llamado a regular cada movimiento, pero sí a cuidar el espíritu que gobierna la adoración. Como atalaya espiritual, debe velar para que ninguna práctica, por más bien intencionada que sea, desplace la centralidad de Cristo ni introduzca confusión doctrinal.

El apóstol Pedro exhorta a pastorear el rebaño de Dios no por fuerza, sino voluntariamente, no como teniendo señorío sobre los que están a cargo, sino siendo ejemplos del rebaño (**1 Pedro 5:2 y 3**). Este pastoreo incluye discernir, acompañar y corregir cuando sea necesario, siempre desde la verdad y el amor.

La danza y el pandero, correctamente entendidos, pueden ser herramientas válidas de adoración, proclamación y celebración. Mal entendidos, pueden convertirse en espacios de carnalidad, orgullo espiritual o religiosidad encubierta. Por eso, establecer parámetros de Reino no significa apagar la expresión, sino purificarla; no significa prohibir, sino alinear; no significa controlar, sino pastorear con sabiduría espiritual.

La Iglesia del Señor necesita volver a una adoración sencilla, profunda y centrada en Dios. Una adoración que no dependa de estructuras humanas para manifestarse, pero que tampoco desprecie las expresiones que la Palabra valida. Una adoración donde el cuerpo acompaña al corazón, y donde toda manifestación externa es consecuencia de una vida rendida al Señor.

Una de las mayores tensiones que enfrenta la Iglesia en relación con las danzas y los panderos no es su legitimidad bíblica, sino el discernimiento entre lo que procede del Espíritu y lo que nace del alma o de la carne. La Escritura enseña que no todo lo que parece espiritual lo es, y que aun las prácticas bien intencionadas pueden desviarse cuando pierden su anclaje en la verdad. El apóstol Pablo exhorta a examinarlo todo y retener lo bueno (**1 Tesalonicenses 5:21**), lo cual implica una responsabilidad pastoral y espiritual ineludible.

La danza bíblica siempre apunta hacia Dios; la danza carnal, aunque se revista de lenguaje cristiano, termina apuntando al hombre. Esta diferencia no siempre es evidente a simple vista, pero se manifiesta con claridad en el propósito, la motivación y el fruto.

Jesús enseñó que por sus frutos se conoce el árbol (**Mateo 7:16**), y este principio también se aplica a las expresiones de adoración. Cuando la danza produce edificación, reverencia, quebrantamiento y exaltación de Cristo, estamos ante una manifestación saludable. Cuando produce distracción, exaltación personal, sensualidad o competencia, ha perdido su naturaleza espiritual.

La Escritura nunca presenta la adoración como un acto destinado a entretenér. La adoración bíblica es una respuesta reverente ante la santidad de Dios. El profeta Habacuc declara: “***Jehová está en su santo templo; calle delante de Él toda la tierra***” (**Habacuc 2:20**). Este llamado al silencio

reverente no excluye la expresión, pero sí establece un marco espiritual: todo acto de adoración debe nacer del reconocimiento de quién es Dios. Aun cuando haya movimiento, gozo y celebración, debe permanecer un espíritu de temor santo.

En este sentido, es necesario advertir que la imitación de modelos seculares, aun cuando se los “cristianice”, introduce elementos que no edifican. Movimientos que apelan a la sensualidad, a la provocación o a la exaltación del cuerpo contradicen el llamado bíblico a la santidad. El apóstol Pablo exhorta a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados por medio de la renovación del entendimiento (**Romanos 12:2**). La adoración del Reino no copia al mundo; lo confronta con una expresión distinta, pura y centrada en Dios.

Ahora bien, es igualmente importante abordar con equilibrio el tema de los patrones de movimiento, la coordinación y la estética. La Escritura enseña que Dios es un Dios de orden y no de confusión (**1 Corintios 14:33**). El orden, sin embargo, no debe confundirse con ritualismo ni con control excesivo. El uso de patrones conjuntos puede responder a una necesidad práctica de armonía visual y coordinación comunitaria, especialmente cuando participan varias personas. Esto no es en sí mismo negativo ni antibíblico, siempre que no se le atribuya un valor espiritual que la Palabra no respalda.

El problema surge cuando estos patrones comienzan a ser enseñados como si contuvieran en sí mismos poder espiritual, autoridad profética o significados redentivos específicos. La Biblia no enseña que determinados movimientos corporales produzcan guerra espiritual, liberación o gloria. Tales conceptos, aunque puedan sonar profundos, no tienen sustento claro en la revelación bíblica. El poder espiritual no reside en la forma externa, sino en la obra consumada de Cristo y en la acción soberana del Espíritu Santo.

Del mismo modo, el uso de colores, banderas y vestimentas debe ser tratado con sobriedad y discernimiento. La Escritura describe colores y símbolos en contextos específicos, pero no autoriza a convertirlos en códigos espirituales universales. Cuando se afirma que un color específico representa necesariamente redención, guerra, santidad o gloria, se corre el riesgo de absolutizar una interpretación subjetiva. El apóstol Pablo advierte contra filosofías y huecas sutilezas basadas en tradiciones de hombres y no conforme a Cristo (**Colosenses 2:8**). Este principio protege a la Iglesia de doctrinas construidas más sobre imaginación que sobre revelación.

Es legítimo que un grupo se vista de manera uniforme por decoro, sobriedad y buen gusto. Es saludable que exista una estética cuidada que no distraiga ni genere confusión. Pero todo esto debe permanecer en el plano funcional y visual, no doctrinal. Cuando la Iglesia comienza a depender

de símbolos externos para atribuir espiritualidad a una práctica, ha desplazado el centro de la adoración.

La adoración auténtica fluye del espíritu humano regenerado por el Espíritu Santo. Jesús enseñó que lo que contamina al hombre no es lo que entra, sino lo que sale del corazón (**Marcos 7:20 al 23**). Este principio revela que el verdadero problema nunca es el movimiento, sino la motivación. Una danza puede ser simple y profundamente espiritual, o compleja y completamente vacía. Lo que define su valor no es la técnica, sino el corazón que la ofrece.

Por esta razón, la formación espiritual de quienes participan en estas expresiones es más importante que su entrenamiento técnico. El apóstol Pedro exhorta a los creyentes a ser santos en toda su manera de vivir (**1 Pedro 1:15 y 16**). Esta santidad no es solo moral, sino también interior: humildad, pureza de intención, sumisión espiritual y amor por la verdad. Cuando una persona danza movida por el deseo de agradar a Dios, su expresión, aun sencilla, tiene peso espiritual. Cuando lo hace movida por el deseo de ser vista, reconocida o admirada, aunque sea técnicamente impecable, carece de fruto eterno.

Aquí es donde la responsabilidad pastoral adquiere un peso mayor. El pastor que permite o acompaña estas expresiones debe cuidar no solo la forma, sino el espíritu que gobierna a quienes sirven. La Escritura enseña que no muchos deben hacerse maestros, sabiendo que recibirán mayor condenación (**Santiago 3:1**). Este principio se aplica

a toda función visible en la iglesia. Quienes sirven públicamente influyen, modelan y enseñan, aun sin palabras.

Por lo tanto, es saludable que el pastor acompañe a los grupos de danza con enseñanza bíblica, oración, corrección amorosa y discernimiento continuo. No se trata de controlar ni de apagar la expresión, sino de protegerla. El verdadero pastoreo no sofoca, sino que encausa; no reprime, sino que purifica; no teme a la libertad, pero tampoco tolera el desorden espiritual.

La Iglesia necesita recuperar una adoración donde la presencia de Dios sea más importante que la excelencia humana. Donde el impacto espiritual sea mayor que el impacto visual. Donde Cristo sea exaltado por encima de toda manifestación. El apóstol Pablo declara que todo lo que se haga, sea de palabra o, de hecho, debe hacerse en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él (**Colosenses 3:17**). Este es el parámetro supremo del Reino.

Cuando la danza se somete a este principio, encuentra su lugar correcto. Cuando se desvía de él, se convierte en una distracción, aun cuando conserve un lenguaje espiritual. Por eso, establecer parámetros de Reino no es una tarea menor; es una expresión de amor por la verdad, por la Iglesia y por la gloria de Dios.

Todo servicio visible en la iglesia expone no solo una función, sino un corazón. Allí donde el cuerpo se expresa públicamente, el alma y el espíritu quedan inevitablemente al

descubierto. Por esta razón, la Escritura advierte con insistencia sobre el peligro del ego, la vanidad y la búsqueda de reconocimiento humano en el ámbito espiritual. Jesús mismo confrontó a los religiosos de su tiempo porque amaban ser vistos por los hombres más que agradar a Dios, haciendo sus obras para recibir honra humana (**Mateo 6:1 al 5**). Este principio atraviesa toda expresión de adoración pública, incluida la danza.

La danza inspirada por el Espíritu nunca busca aplauso. Su satisfacción no está en la aprobación de la congregación, sino en el deleite del Señor. El salmista declara: “*Delante de Jehová danzaré*” (**2 Samuel 6:21**), expresando una adoración que no depende de la opinión ajena. David danzó con todas sus fuerzas delante del Señor, no para impresionar al pueblo, sino como respuesta a la presencia de Dios. Aun cuando fue menospreciado, no modificó su adoración para preservar su imagen. Este relato revela un principio profundo: la adoración auténtica no negocia su esencia para proteger el prestigio personal.

Sin embargo, la misma escena también nos recuerda que la libertad espiritual no es sinónimo de falta de discernimiento. David era rey, profeta y adorador, pero su expresión estaba alineada con el momento, el propósito y la centralidad del arca del pacto. No danzó para ocupar el centro, sino para exaltar la presencia de Dios. Cuando una expresión desplaza ese centro, deja de ser adoración y se convierte en manifestación del yo.

El apóstol Pablo advierte que en los últimos tiempos los hombres serían amadores de sí mismos, más que de Dios, teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella (**2 Timoteo 3:1 al 5**). Esta advertencia es especialmente relevante cuando se confunden expresiones espirituales con escenarios de autoafirmación. El Reino de Dios no se edifica exaltando talentos, sino crucificando el ego. Toda expresión que no pasa por la cruz corre el riesgo de convertirse en idolatría del yo, aun cuando se revista de lenguaje cristiano.

Por esta razón, quienes participan en danzas y panderos deben ser formados principalmente en carácter y vida espiritual, no solo en técnica. La Escritura enseña que Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (**Santiago 4:6**). La gracia que capacita para servir también es la que preserva el corazón. Sin humildad, aun la expresión más sincera puede corromperse. Sin dependencia del Espíritu, aun la mejor intención puede desviarse.

El cuidado pastoral aquí es insustituible. El pastor no está llamado a ser un director artístico, sino un guardián espiritual. Su responsabilidad no es producir impacto visual, sino cuidar la salud doctrinal y espiritual del cuerpo de Cristo. El apóstol Pablo, al despedirse de los ancianos de Éfeso, los exhortó a velar por sí mismos y por todo el rebaño, advirtiendo que aun de entre ellos se levantarían hombres que hablarían cosas perversas para arrastrar discípulos tras sí (**Hechos 20:28 al 30**). Este llamado a la vigilancia incluye discernir prácticas que, aunque parezcan inofensivas, pueden desviar el enfoque del Reino.

Establecer parámetros de Reino para las danzas no implica apagar la libertad, sino protegerla. La verdadera libertad espiritual siempre camina de la mano con la verdad. Jesús enseñó que la verdad es la que hace verdaderamente libres (**Juan 8:32**). Cuando la adoración se libera de cargas religiosas y de invenciones humanas, encuentra su cauce natural. Cuando se somete a la Palabra y al Espíritu, florece con pureza y poder.

Es necesario afirmar con claridad que los panderos y las danzas no son un fin en sí mismos. Son herramientas, no fundamentos. Son expresiones, no columnas doctrinales. La Iglesia no crece espiritualmente por tener más manifestaciones visibles, sino por vivir más profundamente el evangelio de Cristo. El apóstol Pablo declaró que había determinado no saber cosa alguna entre los creyentes, sino a Jesucristo, y a este crucificado (**1 Corintios 2:2**). Este debe seguir siendo el centro de toda adoración.

Cuando la danza se convierte en una condición para sentir que “hay adoración”, algo se ha desplazado. Cuando la iglesia depende de una expresión específica para experimentar gozo o presencia, ha perdido la sencillez del evangelio. El Reino de Dios no está limitado a formas; se manifiesta en vidas transformadas, en corazones rendidos y en una comunidad que vive bajo el señorío de Cristo.

Al mismo tiempo, cuando la danza fluye con el corazón correcto, bajo la guía del Espíritu y en alineación con la Palabra, puede convertirse en una proclamación silenciosa

pero poderosa. Puede anunciar libertad, restauración y victoria sin necesidad de discursos. Puede ser testimonio para creyentes y para inconversos. Puede recordar a la iglesia que la salvación no solo se confiesa con la boca, sino que también se celebra con todo el ser.

El llamado pastoral, entonces, no es a regular movimientos, sino a formar corazones. No es a producir expresiones, sino a cultivar adoradores. No es a copiar modelos, sino a discernir la voluntad de Dios para cada congregación. El Reino no se edifica con moldes importados, sino con obediencia sensible al Espíritu Santo.

Finalmente, toda expresión de adoración debe conducir a la edificación del cuerpo y a la exaltación de Cristo. El apóstol Pablo establece un principio rector cuando enseña que todo debe hacerse para edificación (**1 Corintios 14:26**). Este es un parámetro innegociable. Si una práctica no edifica, no glorifica a Cristo y no produce fruto espiritual, debe ser revisada con humildad y verdad.

Los panderos y las danzas pueden ser una bendición cuando ocupan su lugar correcto. Pueden convertirse en tropiezo cuando lo exceden. El Reino de Dios no necesita adornos humanos para manifestarse, pero tampoco desprecia las expresiones que brotan de un corazón rendido. Allí donde Cristo es el centro, el Espíritu guía y la Palabra gobierna, la adoración fluye con libertad, pureza y poder.

Que la Iglesia del Señor vuelva a una adoración donde Dios sea suficiente. Donde el gozo no dependa del movimiento, sino de la salvación. Donde toda expresión, visible o invisible, proclame una sola verdad: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

*“Entonces las jóvenes danzarán con alegría  
y los jóvenes junto con los ancianos.  
Convertiré su duelo en gozo y los consolaré;  
transformaré su dolor en alegría.”*

Jeremías 31:13



# **“DEL DISEÑO A LA PRÁCTICA”**

**“La sabiduría está con quienes oyen consejos.”**

Proverbios 13:10

Al llegar al final de este cuarto tomo, no he intentado entregar un conjunto de normas, fórmulas ni modelos universales que deban aplicarse mecánicamente en cada congregación. Nada de lo aquí expuesto pretende reemplazar la dirección del Espíritu Santo ni anular la responsabilidad espiritual de cada pastor delante de Dios. Por el contrario, este, y cada uno de los manuales han sido escritos con el anhelo de provocar discernimiento, reflexión y retorno al diseño del Reino.

La Iglesia de Jesucristo no fue llamada a funcionar por inercia ni a sostener estructuras heredadas sin evaluación espiritual. Cada generación está desafiada a examinar sus prácticas, sistemas y prioridades a la luz de la Palabra y de la vida del Espíritu. Por eso, todo lo desarrollado en este tomo debe ser leído,orado y discernido, no solo comprendido intelectualmente.

El Reino de Dios no se edifica sobre métodos, sino sobre vida. Los sistemas son necesarios, pero nunca deben ocupar el lugar de la unción. La organización es importante, pero jamás puede reemplazar la presencia. Cuando el orden sirve a la vida, la Iglesia crece sana; cuando la vida es

sacrificada en el altar de la estructura, el Reino se debilita, aunque la actividad aumente.

Como pastores y líderes, estamos llamados a guardar lo más sagrado que Dios nos confió: la vida espiritual del rebaño y la nuestra propia. Ninguna agenda, ningún programa, ningún modelo exitoso justifica perder la sensibilidad al Espíritu Santo. El desafío permanente no es hacer más, sino permanecer en Cristo; no es sostener sistemas, sino manifestar el Reino.

Este cuarto tomo nos confronta con una pregunta central que cada pastor debe responder delante del Señor: ¿Estoy pastoreando personas o sosteniendo estructuras? La respuesta a esta pregunta determinará no solo la salud de la congregación, sino también la profundidad del fruto que permanecerá en el tiempo.

No todos los ajustes se realizan de manera inmediata, ni todos los cambios deben ejecutarse de forma abrupta. La sabiduría pastoral requiere tiempos, procesos y acompañamiento. Sin embargo, ignorar las advertencias del Espíritu por comodidad, temor o presión emocional suele tener un costo alto, tanto para los líderes como para la Iglesia.

Por eso, este cierre no es una conclusión, sino una invitación. Una invitación a volver al centro, a revisar prácticas, a ordenar prioridades y a permitir que el Espíritu Santo gobierne cada área de la vida congregacional. Una invitación a pastorear desde la vida, no desde la exigencia;

desde la libertad, no desde la presión; desde el Reino, no desde el sistema.

Mi oración como cobertura apostólica es que cada pastor que camina bajo esta gracia ejerza su ministerio con libertad, discernimiento y temor de Dios. Que las iglesias sean espacios donde la vida de Cristo fluya con poder, donde los discípulos crezcan sanos, donde los colaboradores sirvan con gozo y donde el liderazgo refleje el carácter del Buen Pastor.

Que todo lo que hagamos, pensemos y construyamos esté al servicio de la vida del Reino. Y que, en cada decisión pastoral, podamos oír con claridad la voz del Espíritu diciendo: “Este es el camino, andad por él”

***“El temor del Señor imparte sabiduría;  
la humildad precede a la honra.”***

Proverbios 15:33



## Oración Final:

*Padre eterno, nos presentamos delante de Ti con un corazón humilde y agradecido. Reconocemos que la Iglesia es Tuya, que el llamado pastoral proviene de Ti y que nada de lo que edificamos tiene valor eterno si no nace de Tu Espíritu...*

*Te damos gracias por la gracia recibida, por la vida que has depositado en nosotros y por el privilegio de servir a Tu pueblo. Perdónanos, Señor, si en algún momento hemos permitido que los sistemas ocupen el lugar de la vida, si hemos priorizado la actividad por encima de la comunión contigo, o si hemos cargado a Tu Iglesia con pesos que Tú nunca ordenaste...*

*Renovamos hoy nuestro compromiso de pastorear conforme a Tu corazón. Danos discernimiento para distinguir entre lo esencial y lo accesorio, entre lo que edifica el Reino y lo que solo satisface demandas pasajeras. Enséñanos a cuidar la unción, a proteger la vida espiritual del rebaño y a caminar sensibles a la dirección del Espíritu Santo...*

*Guarda nuestro corazón, nuestra casa y nuestro matrimonio. Libranos del agotamiento, de la presión indebida y de la tentación de medir el éxito con parámetros humanos. Que nuestro servicio fluya del amor y no de la obligación; de la revelación y no de la rutina; de la vida y no del activismo...*

*Te pedimos que cada iglesia bajo esta cobertura sea un espacio de sanidad, de verdad y de libertad. Que los*

*discípulos sean formados en Cristo, que los colaboradores sirvan con gozo y que el liderazgo refleje el carácter del Buen Pastor...*

*Que todo lo que hagamos glorifique Tu nombre, edifique a Tu pueblo y manifieste el Reino de Dios en la tierra.*

*Nos rendimos nuevamente a Tu gobierno y declaramos que dependemos de Ti en todo...*

*En el nombre de Jesucristo, el Señor de la Iglesia. ¡Amén!*



# **Reconocimientos**

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## **Doctor y maestro de la Palabra**

*Osvaldo Rebolledo*

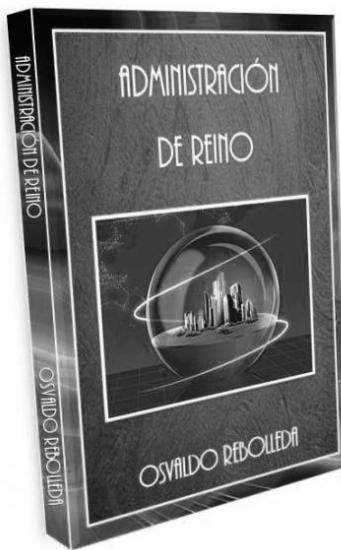
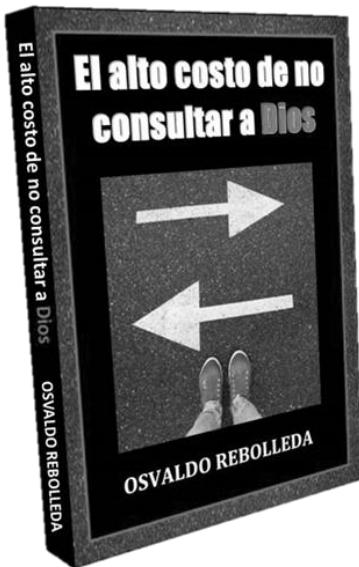


El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

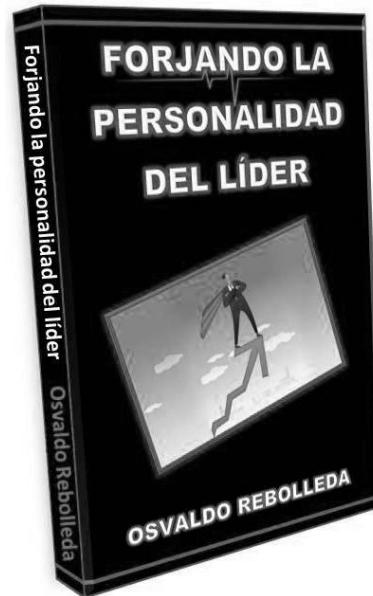
El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**  
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

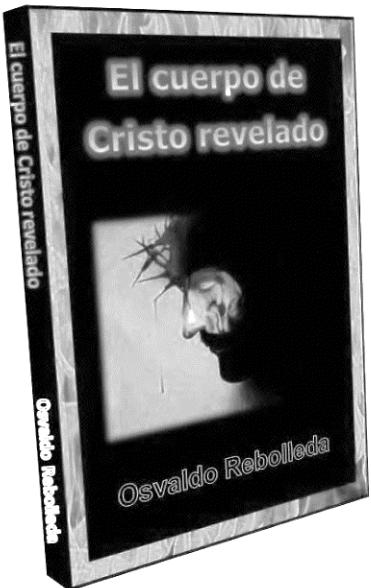
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

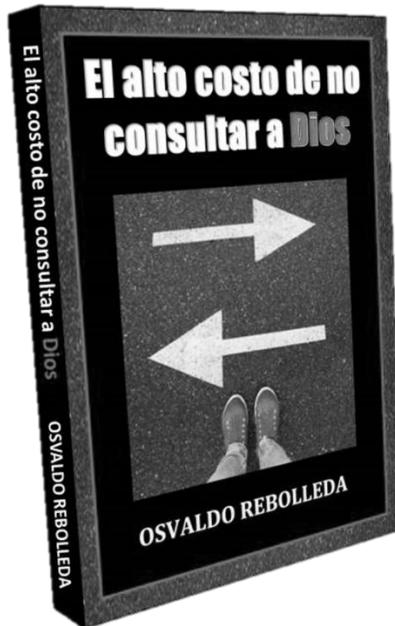


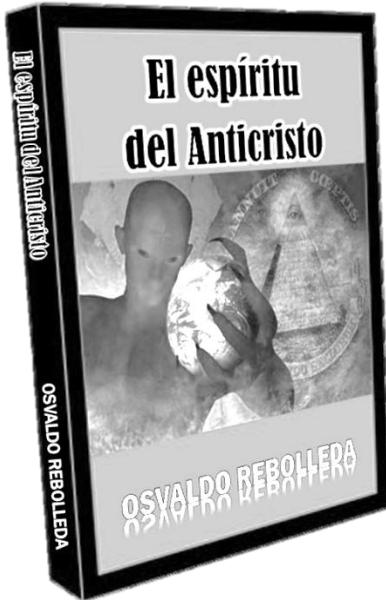
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



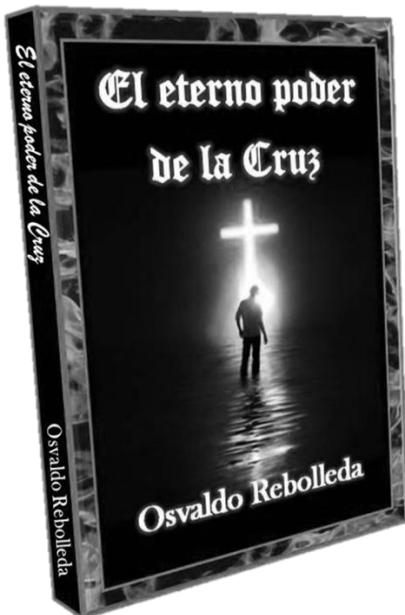
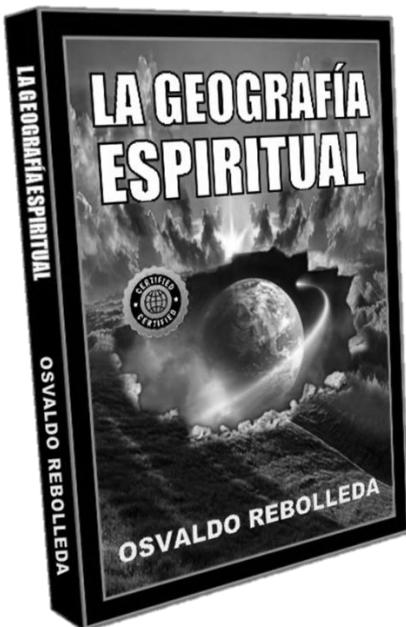


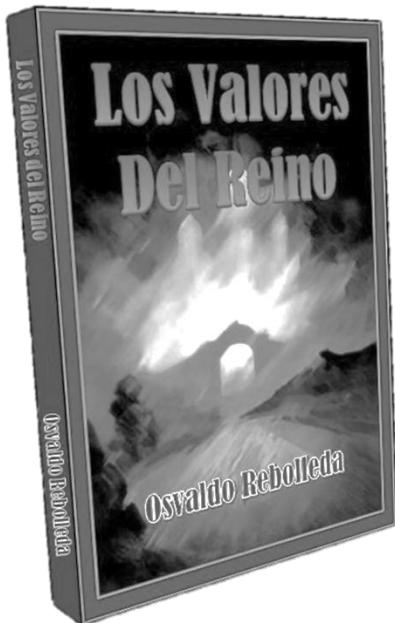
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

